

“¿Por qué corres, Ulises?”

Antonio Gala



La comedia «¿Por qué corres, Ulises?» se estrenó el día 17 de octubre de 1975 en el «Teatro Reina Victoria», de Madrid, con arreglo al siguiente reparto:

Ulises	ALBERTO CLOSAS
Nausica	VICTORIA VERA
Eurimedusa	MARGARITA CALAHORRA
Euríalo	JUAN DUATO
Penélope	MARY CARRILLO
Eurimena	ROSARIO GARCIA-ORTEGA

Vestuario: ELIO BERNHANYER. **Escenografía:** VICENTE VELA. **Dirección:** MARIO CAMUS

Para escribir «¿Por qué corres, Ulises?», Antonio Gala se ha basado en unas situaciones históricas: la estancia del héroe griego en Feacia, sus amores con Nausica —hija del rey Alcínoo—, y su regreso a Itaca, aunque todas ellas recreadas con absoluta libertad. Si en el boloñés Palazzo Celesi el pintor Tebaldi vio así la presentación que de Ulises hizo Nausica a su padre, en la comedia de Gala los personajes toman las apariencias de Alberto Closas, Victoria Vera y Mary Carrillo, como Penélope. (Foto de la página derecha.)

«Copérnico», uno de los más agudos escritores con seudónimo de la prensa española, escribió en su día sobre la dudosa oportunidad política de haber yo «**devuelto yo a Ulises a la actualidad efímera del espectáculo**». Bien visto está por «Copérnico» que, mientras la *Iliada* es algo que se abre —«una estimulación hacia el futuro»—, la *Odisea* es algo

que se cierra —una «**consolidación de la costumbre, aunque sea la del cansancio**»—. Precisamente por eso es por lo que yo decidí en 1975 referirme a la *Odisea*. Para hablar de lo que deseaba (poner en solfa al «**conservador puro, incapaz de nuevas experiencias, inaccesible a las sugerencias de la realidad, empeñado en volver como sea**») era

al Ulises concéntrico, al Ulises de la postguerra naufraga al que me convenía sacar a colación.

Un Ulises 75 que a la Nausica 75 le parece esencialmente un burgués cursi y anticuado, cuyos conceptos, ideales y moral están mandados retirar hace ya mucho; con el que sólo en el oscuro silencio fisiológico — y aun así no por demasiado tiempo— puede entenderse. (Es decir, en lo que Ulises 75 traiciona al Ulises clásico que, por si era poco, fue considerado buen marido no obstante haber tardado veinte años en volver a su hogar). Es natural que —si de algún modo Ulises representa el poder del hazarñoso o a los que, más o menos, lo detentan— acaezcan dos cosas: primera, que la joven Nausica se harte al comprobar que se trata de un puro cascarón, un fantasma, algo inútil como un recordatorio de una primera comunión ajena, un valor convencional basado en palabras y triunfos y hechos borrosos y sin vigencia ya, pero con cuyas rentas se pretende todavía vivir y enamorar: segunda, que Ulises —y aquellos de los que es arquetipo— desconfíe de los jóvenes que ignoran sus proezas y, por añadidura, tienen la voluntad expresa de seguir ignorándolas por falta de respeto.

La Nausica 75 —cuya incompreensión siente Ulises, cuyo desamor ve aproximarse porque, fuera de lo físico, nada puede ofrecerle: él está con el rostro vuelto a lo que fue y no a lo que será— humilla al héroe que ha dejado de serlo. (Héroe se es un momento; narrador de la propia heroicidad, mu-



chos más: demasiados). De ahí que, en lo íntimo, Ulises **reclame** la presencia de Penélope. Y la reclame, no como la dejó —estricta, puritana y pelmaza—, sino como una especie de quintaesencia de la **doñaconcha de derechas de toda la vida** —fiel, inmóvil, cómoda, requetesabida y vitorreante—: una Penélope soñada a su medida.

Pero la Penélope 75 tampoco será así: la realidad no responde a los sueños. En Itaca, Penélope no espera el poderío de Ulises «**tejiendo y destejiendo los editoriales del inmovilismo**». Ha tenido demasiados trabajos, entre otros el de guardar las formas —porque se **distrajo** con frecuencia durante tantos años— y el de pararle los pies al **fiel** Telémaco que, por descontado, lo que quiere es alzarse con el trono de Ulises. (Penélope, en el fondo, no echa de menos a su marido, sino a la Penélope que vivió con su marido: se echa de menos a sí misma y a su fuerza inicial). En ese Archipiélago de las Islas Adúlteras en que mi comedia se desarrolla, donde todos mienten a todos y que no queda demasiado lejos de nosotros, Penélope recibirá a Ulises —cuando lo reconozca, porque al principio lo confunde con otro— como Ulises soñó. Pero cuando los dos hayan perdido ya ese primer minuto de su ocasión, en que el inconsciente y mutuo engaño pudo ser verosímil para ambos. Itaca no fue nunca —y ahora, menos— el paraíso perdido. Ahora los dos saben que se están engañando y se dejan porque ya no les queda otra salida.

El mangoneo final, en que Pe-

nélope recupera las riendas después de ponerle a Ulises la venda del halago ante los ojos, es patético. Y aleccionador. No creo que, como se teme «Copérnico», este Ulises 75 pueda ser «**un banderín de enganche**».

Aquellos a quienes se retrata en este personaje —los que se afirman sólo en sus gestas pasadas, en sus mustias retóricas— retroceden en el tiempo para respirar aires que respiraron. Y ni aun eso les será permitido. Porque todo ha cambiado: **no está cambiando**, sino que **ha cambiado**: lo que pasa es que, por unos instantes, conviene guardar la compostura ante la inocentada. Esa inocentada que el tiempo gasta a todo el que se sienta: la feroz inocentada del arrinconamiento: el triunfador siempre acaba por fracasar —lo sepa o no, digiera o no la píldora— y ser sustituido por otro nuevo triunfador más joven. El tiempo no se sienta. Esa es la causa de que en Itaca —burladero de Ulises, donde podría encontrarse más glorioso, donde por fin se resigna a volver huyendo del desdén de las Nausicas— esté el supremo desenmascaramiento, la acusación más grave: la de que no responde ni a la imagen —embellecida, sublimada y falsa— que él ha querido ofrecer de sí mismo. En Itaca, Ulises ya no halla ni esposa, ni heredero. Halla la ambigua conveniencia de una mujer que lo acepta como último recurso y la fría esquila mortuoria con que un sucesor ha cubierto su nombre.

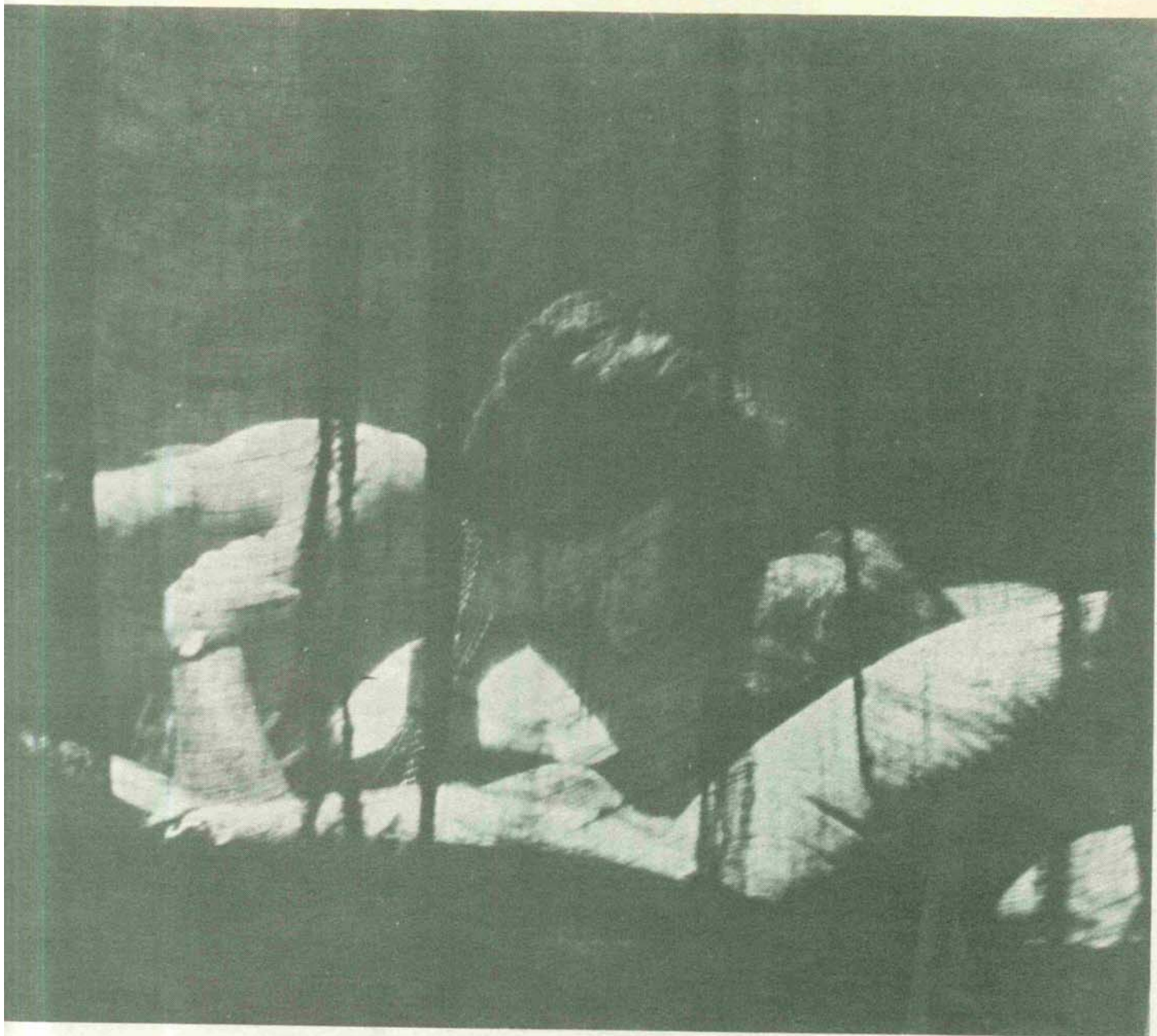
¿Puede extrañar que, ante este panorama inevitable, le preguntemos a Ulises por qué corre? ■ **ANTONIO GALA**



PRIMERA PARTE

(En la cama, al fondo, NAUSICA sobre ULISES. Se están besando. A ULISES se le adivina desnudo bajo las sábanas. NAUSICA lleva una breve y traslúcida ropa de dormir. Después de unos segundos entra EURIMEDUSA, con un uniforme claro.)

EURIMEDUSA: *(Mira de rodillas hacia el fondo, mientras limpia algún mueble).* Buenos días. Y perdonen si molesto. Pero, como en esta casa nadie se ocupa de una... Ya está bien de egoísmo, digo yo.



NAUSICIA: Sólo sé de ti que la pelota con la que yo jugaba te despertó hace tres días en la playa. ¿Quién eres?
ULISES: Un hombre a quien los dioses no dejan descansar.

(Más bajo). O jugamos todos o rompemos la baraja... *(En alto).* ¡Buenos días he dicho!
(NAUSICIA, sin despegarse de ULISES, saluda con un gesto. EURIMEDUSA, decidida). Tú no eres una princesa, Nausica: tú eres una zorra. Ni todo el oro del mundo podría convencerme de lo contrario. *(Vuelve a su quehacer).* Una zorrilla: eso es lo que eres. Si llego a saber cuál iba a ser tu fin, me hubiese negado a darte de mamar... Tres días con tres noches, que ya es decir, lleva ese hombre en esta casa. Tres días en la misma postu-

ra, poco más o menos... *(Directa al fondo).* Y es que no te hartas, ¿eh? Sales una mañana y vuelves de la playa con un medio ahogado, según tú. Desde entonces no has dejado ni un momento de hacerle la respiración boca a boca... A veces pienso si no se te habrá muerto entre los brazos... Porque, con ese cuchipandeo, a poco ahogado que estuviera se habría terminado ya de ahogar. *(Irritada por la indiferencia de los amantes).* ¡Nausica! En nombre de tu padre, de tu madre y de los tres años que te di de mamar, haz el favor de decirme

quién es ese señor que está debajo de ti.

NAUSICIA: *(Levantando apenas su boca de la de ULISES).* No se lo he preguntado.

EURIMEDUSA: Pues hazlo antes de que sea demasiado tarde.

NAUSICIA: *(Lo mismo).* Ya es demasiado tarde.

EURIMEDUSA: Pregúntaselo a pesar de todo. Si dejas de comerlo a lo mejor contesta.

NAUSICIA: ¡Qué vieja más pesada! *(A ULISES).* ¿Quién eres? *(Sin dejarle contestar vuelve a besarlo).*



NAUSICICA: Una idea por la que haya que dar la vida, no me interesa: es demasiado cara (...). Tengo diecinueve años. Todavía los mayores no habéis conseguido engañarme.

ULISES sólo ha emitido un sonido muy vago.)

EURIMEDUSA: ¿Qué ha dicho?

NAUSICICA: Ha dicho que es un hombre.

EURIMEDUSA: ¡Me lo temí desde el primer momento! La culpa es mía por no habérselo contado a tu padre. Cuando se entere me meterá presa. Y hará muy bien...

NAUSICICA: Euri, sé buena. Trae algo de comer. *(Vuelve a su ocupación.)*

EURIMEDUSA: *(Agarrándose a cualquier motivo de enfado.)* Que no me llames Euri. Me llamo Eurimedusa. Tengo un nombre, no como otras personas. Llámale Euri a Eurialo, que para eso es tu novio... Aunque no creo que a tu novio te atrevas a llamarlo de ninguna manera después de esto... *(Haciéndose la ofendida.)* Yo no soy más que tu nodriza: una vieja a la que no hay que dar explicaciones...

NAUSICICA: ¿Traes de comer o no? *(Al volverse se ha resbalado casi hasta el suelo.)*

EURIMEDUSA: *(En la que puede el cariño.)* Que te vas a caer, desgraciada. *(El brazo de ULISES rescata a NAUSICICA y la estrecha.)* No, lo que se dice muerto, muerto, no está... *(Sale refunfuñando.)*

NAUSICICA: *(Separándose de ULISES.)* ¿Quién eres?

ULISES: Un hombre a quien los dioses no dejan descansar.

NAUSICICA: *(Sentándose en la cama.)* Si lo dices por mí...

ULISES: *(Atrayéndola de nuevo.)* No. Lo digo por los dioses.

NAUSICICA: *(Separándose sólo lo imprescindible.)* Sólo sé de ti que la pelota con la que yo jugaba te despertó hace tres días en la playa.

ULISES: ¡Sueles jugar desnuda a la pelota!

NAUSICICA: *(Sentándose en la cama otra vez. Una sonrisa.)* Sí. A la pelota, y a otras cosas, suelo jugar desnuda... ¿Y tú, sueles dormir desnudo? *(Un beso.)* Cuando me viste, con una rama de olivo tapaste tú... bueno, tu... virilidad, digamos. *(Otro beso ligero.)*

ULISES: No era de olivo la rama. Era de acebuche. Se parecen pero no son lo mismo.

NAUSICAS: Entonces ya sé dos cosas: que el acebuche no es igual que el olivo y que tu gesto de taparte fue absolutamente superfluo... como se comprobó diez segundos después. *(Ella y luego ULISES, se han incorporado.)* Mientras comemos, podríamos presentarnos. Pero esta vez te aconsejo una sábana. Las ramas de acebuche son un obstáculo muy poco convincente. *(Viene hacia primer término.) (Entra EURIMEDUSA con un carrito, en el que ha dispuesto una comida fría. Entretanto ULISES se cubre con la sábana, disponiéndola a manera de una túnica.)*

EURIMEDUSA: Menos mal. Ahora, por lo menos, se puede apreciar dónde acabas tú y dónde empieza él... que parecíais siameses, hija. *(Desplegando su curiosidad y sus ganas de charla.)* La verdad es que no es nada feo visto así de pie. Estáis guapos los dos... Un poco pálidos, quizá. Son demasiadas leguas las que habéis hecho juntos... *(Con picardía, mientras dispone el almuerzo.)* Este vino está hecho para espesar la sangre... Hala, a recuperarse. Y a ver las cosas con más paciencia, hijos... Comed de todo. El dulce es también bueno: da calor. Y una tacita de café antes de volver a ese aquí-te-cojo-aquí-te-mato que os traéis... *(Mirando a ULISES, que avanza para sentarse ante el carrito.)* Ay, qué hombre. Qué pupila tienes, grandísima pécora. Tú serás muy princesa, pero los gustos los has sacado de aquí: *(Se toca los pechos.)* de estas dos pobres ruinas que ya no sirven para nada. *(ULISES y NAUSICAS se miran y se ríen.)*

NAUSICAS: Anda, farfallona. Vete ya de una vez.

EURIMEDUSA: *(Saliendo.)* Ay, qué hombre. Qué pena que no se haya hecho esa miel para esta boca...

NAUSICAS: *(Mientras comen algo.)* No te habré parecido por mi comportamiento una mujer fácil de conseguir...

ULISES: No, no, ¿qué dices? *(Ríen los dos.)*

NAUSICAS: Es que, al verte en la playa, comprendí que eras un regalo del mar... y yo debía aceptarlo. *(Como justificándose. ULISES come con apetito.)* La vida en una isla no ofrece muchas novedades: habas contadas... Y los hombres de aquí son más feos que tú.

ULISES: *(Agradeciendo.)* Pues yo he pasado diez años de isla en isla y no puedo decir que me haya aburrido... *(Un bocado.)* ¿Cómo se llama ésta?

NAUSICAS: Feacia. *(Un bocado.)* ¿Por qué de isla en isla? ¿Es que eres viajante de comercio?

ULISES: *(Digno.)* No. *(Como jugando al secreto.)* Naufragaba...

NAUSICAS: ¡Qué vocación de naufrago! *(Un bocado.)* Yo me llamo Nausica, ¿y tú?

ULISES: *(Con el mismo juego, pero convencido de que ahora sí adivinará NAUSICAS.)* ¿Qué importan nuestros nombres? Sólo nuestros obras merecen ser cantadas... Yo fui el inventor del caballo de madera. *(Hace un gesto de recibir la enhorabuena.)*

NAUSICAS: ¡Ah! ¿Te dedicas a la juguetería?

ULISES: *(Condescendiente.)* Me refiero al caballo dentro de cuyo vientre penetramos en Troya.

NAUSICAS: *(Ignorante de todo, superficial y hambrienta.)* ¿Quiénes?

ULISES: Los argivos, los tebanos, los aqueos...

NAUSICAS: *(Sin curiosidad siquiera.)* ¿Y por qué ese afán de llegar a Troya en la barriga de un caballo? ¿Qué incomodidad, ¿no?

ULISES: *(Medio orgulloso, medio amargo.)* Era la guerra. Yo vengo de la guerra.

NAUSICAS: *(Indiferente.)* ¿De cuál?

ULISES: *(Molesto.)* De la de Troya, hija. ¿No has oído hablar de la guerra de Troya?

NAUSICAS: *(Con una gran ligereza, que va ofendiendo a ULISES cada vez más.)* Quizá sí. No recuerdo. Las guerras son aún más aburridas que las islas: a quienes más gentes degüellan, más condecora-

ciones. *No soy partidaria. (Un bocado.)* ¿Qué hacías tú allí?

ULISES: *(Cada vez más admirado de no despertar admiración.)* ¿Dónde?

NAUSICAS: En esa guerra.

ULISES: *(Presentándose para evitar tanta torpeza.)* Yo soy Ulises.

NAUSICAS: Ulises, ¿qué?

ULISES: Cómo ¿qué?

NAUSICAS: El apellido.

ULISES: *(Grandioso.)* Los reyes no tenemos apellidos... *(Como el que no quiere la cosa.)* Yo, en Itaca, era rey.

NAUSICAS: Me lo figuraba. *(Tocándolo como a un caballo de raza.)* Ese torso, esa buena pinta... *(ULISES sonríe halagado.)* Esos dientes... se ve que no has pasado hambre de joven.

ULISES: *(A quien la palabra joven, referida al pasado, nunca agrada.)* ¿De joven?

NAUSICAS: Sí. Quiero decir a esa edad en que el hambre deforma... *(Pensativa mientras mastica.)* Ulises... es bonito.

ULISES: ¿Es posible que no te sugiera nada ese nombre?

NAUSICAS: *(Correctísima.)* Claro que sí: una piel fresca, una boca sumisa, unas manos que saben dónde deben estar... *(De pie, repentinamente abstraída, intentando arrastrar a ULISES.)* Ven conmigo.

ULISES: Espera... Esa piel, esa boca, esas manos eran más frescas, más sumisas y más sabias hace algún tiempo. A costa de perder por ese lado, he ganado por otro... *(Inseguro ya de todo.)* Al menos, a eso aspiraba... Desde que se acabó la guerra hace diez años...

NAUSICAS: *(Interrumpe.)* ¡Diez años ya! ¿Qué has hecho desde entonces?

ULISES: Naufragar varias veces, ya te lo he dicho. Conocer el mundo. Ir por el mar adelante... Supongo que sabrás lo que es el mar...

NAUSICAS: Sí. Esa cosa azul que no puede una dejar de encontrarse vaya hacia donde vaya. *(El gesto de ULISES se ensombrece.)* ¿O no?

ULISES: Es posible. *(Animándose)*

a deslumbrar.) Para mí el mar es toda la libertad, la posibilidad, una eterna aventura. El único lugar en que se está desmemoriado y disponible. En el que se sirve sólo a la vida: siempre al alcance de la sorpresa, siempre a las órdenes del destino... Húmedo y limpio como un beso. (NAUSICIA lo interrumpe para besarlo.) Sin ancla, sin amarra, gobernado por vientos y vaivenes: súbdito de las olas que mecen o que matan... (Evadido.) Y se sueña. Se tiene todo el tiempo para soñar...

NAUSICIA: Qué bien hablas, querido... Oírte me abre otra vez la gana de abrazarte. (Lo abraza.) ¿Vamos ya?

ULISES: Deja que te hable del mar. (Lo ha dicho entre el ruego y el reproche.) Misterioso, profundo, sin objeto. No como la tierra, de la que se puede decir: aquí se acaba... Es para hombres el mar...

NAUSICIA: También la mujer es para hombres, creo. (Caprichosa.)

ULISES: En él sólo cabe defenderse o morir. Sin sepultura, como en la guerra...

NAUSICIA: «Hagamos el amor y no la guerra»: es mi lema.

ULISES: Claro, tú no eres un hombre.

NAUSICIA: (Levantándose de nuevo.) Eso espero. Incluso preferiría no llegar a serlo nunca.

ULISES: (Irónico.) ¿Es que no te gustan los hombres?

NAUSICIA: (Besándolo.) A la vista está. Pero también me gusta el whisky y prefiero beberlo a ser el whisky.

ULISES: (Mirándola moverse ante él.) Eres una niña. Si te hubiera encontrado hace veinte años...

NAUSICIA: Hace veinte años te hubieras encontrado a mi madre ligeramente embarazada... Es mejor así. (Lo acaricia.)

ULISES: (Con presunción y tristeza.) Pero hace veinte años yo era como un dios joven...

NAUSICIA: Y ahora eres como un dios maduro... Las perdices están mejor un poco pasaditas. La fruta verde deja áspera la boca. Tú, no. Me gustas como eres.

ULISES: (Apesadumbrado.) Y ¿dentro de veinte años?

NAUSICIA: ¿Quién habla de eso, ahora, cuando veinte minutos pueden dar tanto de sí...? (Pequeña sonrisa maliciosa.)

ULISES: (Sin oírla.) Quizá yo esté cansado...

NAUSICIA: (Acariciándolo.) Me parece mal, pero soy comprensiva... Descansa un cuarto de hora... Un cuarto de hora también puede dar mucho de sí.

ULISES: Me refiero a otro cansancio... (Intentando sobreponerse.) Cuando, convencido de que tu tren no llegará ya nunca, te montas en uno cualquiera que va a salir y sales, ves entrar en la estación, majestuoso y lento, el tren que tanto habías esperado... La vida suele equivocar la hora de las citas... (De pie.) Por eso yo prefiero el mar. La alta mar. Allí no hay estaciones. Izo el abeto del mástil. Lo introduzco en la crujía. Tenso los estayes y la driza de cuero alza la blanca vela. Se hincha el lienzo, el hervor de la espuma silba bajo la quilla...

NAUSICIA: (Asombrada.) No entiendo nada... ¿De qué hablas?

ULISES: (Importante.) De mi vida. No es fácil que lo entiendas.

NAUSICIA: (Sin querer molestar.) La gente mayor siempre habláis de la vida. Yo prefiero vivirla.

ULISES: (Molestado.) Es natural. Todo lo que tú empiezas yo ya lo he terminado. Ya no puedo aprender a vivir mejor... Lo único que puedo aprender es a contar mejor mi vida.

NAUSICIA: (Más bajo.) Pues vaya un oficio.

ULISES: (Continúa.) Eres mi última isla. De aquí me iré a la mía... Se me ha acabado el mar...

NAUSICIA: (Interesada.) ¿Cuál es tu isla?

ULISES: Itaca. La más abrupta, la más pobre de todas... Quizá por ser la mía.

NAUSICIA: No te pongas triste. Toma. (Le ofrece algo de alcohol.) (ULISES acepta.) Y cuéntame tu vida, que me parece que es lo que más te descansa... (Disponiéndose a escuchar más por educación que por verdadero interés.) ¿Por qué dejaste Itaca?



ULISES: (Cuando es escuchado le gusta hacerse el misterioso.) Por defender unos principios.

NAUSICIA: ¿Cuáles?

ULISES: La santidad del matrimonio. La estabilidad de los hogares. La dignidad de los maridos.

NAUSICIA: (De corazón.) ¿Qué antiguo, Ulises! (Viendo la reacción, vuelve a su tono superficial.) ¿Y qué hiciste para defender esos principios?



ULISES: La guerra de Troya.

NAUSICA: ¡Dale con la guerra! Para conseguir esos «ideales» (Con retintín.) ... no conozco yo más que un campo de batalla. (Por la cama.) ¡Ese!

ULISES: (Condescendiente.) Eres muy joven. No sabes que a veces hay que arriesgar la vida porque triunfe una idea.

NAUSICA: (Terminando la conversación.) Una idea por la que

haya que dar la vida, no me interesa: es demasiado cara... ¿Y qué sucedía en Troya?

ULISES: El Príncipe Paris había raptado a Helena, esposa de Menelao de Esparta.

NAUSICA: Con su consentimiento, claro.

ULISES: (Horror.) ¿Con el de Menelao?

NAUSICA: Con el de Helena. A

NAUSICA: ¿Penélope has dicho? ¿Quién es esa?

ULISES: Una mujer por la que he dejado a las otras: la mía... Ella me espera en Itaca. (En primer término de la foto, Penélope).

ninguna mujer se la rapta si ella no quiere.

ULISES: (Como quien calla un secreto.) Quizá tengas razón... Por eso los griegos fuimos a rescatar a Helena. Como ves, fue una guerra de amor: ...a lo mejor por ese lado sí te interesan las ideologías.

NAUSICA: ¿De amor una guerra que se hace para destruir el amor de Helena y Paris? Una guerra de matrimonio en todo caso... (Pasa de la irritación al desdén.) Qué tonterías... Qué gana de matarse... Haber dejado que Helena se casase de Paris: habría acabado por volver con Menelao... Siempre sucede así.

ULISES: (Como descubriéndole un olvido importante, desde arriba, siempre, porque la dialéctica de NAUSICA no la toma en serio.) Pero, ¿y el honor de Menelao?

NAUSICA: En qué lugar tan raro del cuerpo de la mujer, ponéis vosotros el honor del marido... (Asociando.) ¿Cómo era Helena?

ULISES: (De lo primero que se acuerda.) Tenía los pechos grandes.

NAUSICA: Me lo figuraba... Y rubia, ¿no es así?

ULISES: Muy rubia.

NAUSICA: Sólo por una rubia se hace una guerra. Las morenas tenemos que organizarlas por nuestra propia cuenta. Qué desdicha. (Sacando su conclusión.) No me gusta esa guerra de que me hablas. Es lo mismo que todas: la especie contra el individuo.

ULISES: Eres muy cultivada: ahora soy yo quien no te entiende. (Divertido.)

NAUSICA: (Cortándole en flor la sonrisa.) Es que tengo diecinueve años... (Razonadora.) Al individuo que se le dejan tan pocas cosas además del amor... Y a veces hasta ni eso...

ULISES: (Sin gran convicción porque sólo hay un tema que apa-

siona a **ULISES**.) *Es que el amor* sirve, sobre todo, para que la especie sobreviva...

NAUSICAS: Nadie, cuando hace el amor piensa en la especie, desengáñate. Ulises lleva tres días pensando en Ulises mientras besa a Nausica... Para evitar eso, la especie ha inventado el matrimonio. Se trata de una norma de higiene... Como para justificar las guerras se han inventado la Patria, el heroísmo, las marchas triunfales...

ULISES: Señorita, usted es nihilista.

NAUSICAS: Es que tengo diecinueve años. Todavía los mayores no habéis conseguido engañarme.

ULISES: Casi todo lo que estás diciendo es inmoral.

NAUSICAS: Y casi todo lo que estás diciendo tú, lo has oído decir... La moral es otra invención social. Sólo se vive una vez, Ulises: ésta. Y no pienso perder ninguna oportunidad... Creí que tú, que vas de naufragio en naufragio, tan disponible como un taxi, me entenderías mejor...

ULISES: (Sintiéndose desafiado.) No, no. Si te comprendo. Yo también soy un gran individualista: me quiero a mí sobre todas las cosas. Quiero realizarme, ser yo cada vez más... A propósito: me extraña que no hayas oído hablar de mi astucia y de mi elocuencia. Soy famoso por ellas.

NAUSICAS: (Como quien repite una frase hecha.) La fama rara vez responde a la verdad...

ULISES: Te aseguro que puedo defender hoy una cosa y mañana la contraria con el mismo éxito...

NAUSICAS: (Extrañada.) Pero ¿para qué necesitan las cosas que nadie las defienda? Las cosas se hacen o no, se tienen o no: y basta. Yo, (Para no molestar.) quizá por no haber oído hablar de ti, no te encuentro ni astuto ni elocuente. Te encuentro sexy, más que nada.

ULISES: (Muy herido.) No eres tú la primera.

NAUSICAS: ¿Ah, no?, ¿quizá por esas islas...?

ULISES: Sí. Circe, sin ir más lejos. La bellísima hechicera que convierte los hombres en cerdos. Se enamoró de mí... ¿Qué te parece?

NAUSICAS: Que se enamorara de ti, normal: a cada cerdo le llega su sanmartín. Pero que convirtiera a los hombres en cerdos me parece un trabajo innecesario. Siempre acaban por convertirse en cerdos ellos solos: basta dejarles tiempo.

ULISES: (Deseando apuntarse un tanto.) ¿Y Calypso, la Ninfa? También se enamoró de mí. De su isla vengo precisamente ahora...

NAUSICAS: ¿Esa qué hacía? ¿En qué convertía a los hombres?

ULISES: En amantes.

NAUSICAS: Mucho más inteligente... Lo que me temo, pícaro, es que tú estés harto de ser famoso sólo por tu elocuencia. (Esto ha halagado a **ULISES**; lo que viene no.) A tu edad, es lógico que prefieras pasar a la Historia como un gran seductor. Ser lo que nunca se ha sido es una tentación...

ULISES: Cómo «lo que nunca se ha sido». (Le duele el «nunca».)

NAUSICAS: (Que cree que le duele el «seductor».) Sí. Si no, ¿por qué dejaste a esas dos mujeres? ¿A Calypso y a Circe?

ULISES: Por un mandato de los dioses.

NAUSICAS: Eso es lo que les dijiste a ellas. Pero, de ti para mí, ¿por qué las dejaste? ¿A qué se dedicaban todo el día? Bueno, el tiempo que tú les dejabas libre...

ULISES: A tejer.



ULISES: ¿Quién eres? ¿Penélope? ¿Cuándo has llegado? ¿Cómo?

PENELOPE: Acabo de llegar. Tú me has traído...

ULISES: Te estoy soñando...

NAUSICA: ¿Cómo?

ULISES: A tejer.

NAUSICA: Ah, ahora me lo explico. No las dejabas satisfechas. Una mujer que le teje un jersey a un hombre está a punto de dejarlo por otro. Tejer, ocupa las manos, pero deja libre la imaginación...

ULISES: Pues Penélope tejía. Todas las mujeres de mi vida eran muy buenas tejedoras.

NAUSICA: ¿A que Helena no? (*ULISES niega.*) ¿Penélope has dicho? ¿Quién es ésa?

ULISES: Una mujer por la que he dejado a las otras: la mía.

NAUSICA: (*No afectada.*) Ah, ¿eres casado?

ULISES: Sí... Ella me espera en Itaca.

NAUSICA: Según mis cálculos, llevas veinte años fuera y dices: «Ella me espera en Itaca», igual que si se tratara de una invitación a almorzar... ¿Cómo es Penélope?

ULISES: Era alta, delgada, estricta. Buena administradora...

NAUSICA: ¿Morena?

ULISES: Sí.

NAUSICA: Claro. Y por defender la santidad del matrimonio, la estabilidad del hogar y la dignidad de los maridos, dejaste hace veinte años tu hogar, tu matrimonio y a tu mujer expuesta a ponerte los cuernos. Muy razonable.

ULISES: Eres demasiado insolente. Las mujeres deben ser menos vivas de genio.

NAUSICA: Te lo he dicho: es que tengo diecinueve años.

ULISES: Eso no te da patente de corso... Ni te consiento que me lo echés en cara cada cinco minutos. Espero que mi hijo Telémaco, que tendrá tu edad, no sea como tú.

NAUSICA: ¡También tienes un hijo! No te privas de nada... ¿Piensas volver con ellos? (*Lo acaricia.*)

ULISES: Pensaba... antes de que mi barco se estrellara en tu isla...

NAUSICA: Si quieres, puedes quedarte aquí. Mi padre, el rey Alkino, no sabe que has llegado. Nadie lo sabe salvo Eurimedusa, cerciérate de tus deseos y si te gusto lo bastante —tú sí me gustas a mí—, fingimos otro naufragio, te encuentran en la playa un poco

más vestido que te encontré yo, y mi padre me dará en matrimonio al extranjero... Yo, por la edad, puedo ser hija tuya. Por la cama, puedo ser tu mujer. A los dos —a tu mujer y a tu hijo— estoy en situación de sustituirlos... ¿Qué piensas?

ULISES: (*Saliendo de su ensimismamiento con un suspiro.*) Lo fríaamente que hablas.

NAUSICA: Es que llamo a las cosas por su nombre.

ULISES: Una valentía que se te irá quitando...

NAUSICA: Tu elocuencia debe estar un poquito pasada después de tanto viaje... Ahora se lleva la sencillez y la eficacia. ¿Te decidirás pronto?

ULISES: ¿A qué?

NAUSICA: A irte o a quedarte. Yo estaba prometida a Eurialo. Pero no es enemigo para ti. Tú y yo podemos amarnos, de momento, mucho mejor.

ULISES: ¿De momento?

NAUSICA: Naturalmente. No se puede garantizar la duración de nada.

ULISES: Pero si yo me olvido de mi hogar, de mi esposa y mi hijo, tiene que ser por un amor eterno.

NAUSICA: Eres un burgués cursi, Ulises. Tú fuiste a Troya, has estado acostándote con quien te lo ha pedido por esos mares de Dios y ahora quieres hacerme responsable de tu hogar y tu hijo. No, bonito. Si te quedas será porque de «momento», lo pasas conmigo tan estupendamente como yo, por lo menos. (*Alejándose.*) Además, de ciertas cosas no me gusta hablar. El amor no se dice: se hace. A propósito, ¿has descansado ya? (*Pensativa hacia la cama.*) Me parece que me hubiera entendido con Helena, si no hubiérais cometido la salvajada de devolvérsela al marido... El de Helena es un poco tu caso, ¿no encuentras? Lo que pasa es que tú vuelves a tu isla por cansancio y ella volvió a la fuerza... Helena puede seguir pensando que la vida, fuera de Esparta, es muy hermosa. Tú sabes que la vida, fuera de Itaca, no lo es... Pero ¿vienes o no? ¡Ulises! (*Se acerca a ella.*) Por culpa de Eurimedusa, nos has dicho quién eras.

Nunca debiste hacerlo. Pero querías presumir, ¿no es eso?

ULISES: Ahora eres tú la que hablas demasiado. Contigo Ulises está perdido. Sólo tiene una manera de impedírtelo. (*Un beso que cierra la boca de NAUSICA y sobre el cual se hace el primer*

O S C U R O.)

(*Al mismo tiempo que la luz vuelve, se oye la voz de ULISES, que continúa una conversación. Está, a medio vestir, sobre la cama. NAUSICA, sentada cerca de él, tiene un traje amplio de casa, quizá un pijama.*)

ULISES: Yo fui Ulises. Ahora sólo soy un hombre.

NAUSICA: (*Mientras se arregla las uñas.*) ¿Y te parece poco?

ULISES: Hubo un tiempo en que por mí disputaban los dioses... Zeus mandó a Hermes, su mensajero, a la Ninfa Calypso. «No retengas a Ulises» le dijo. «Su destino no es morir a tu lado sino volver a ver su patria y los techos de sus altas mansiones».

NAUSICA: Me hiciste pensar que Itaca era un país de cabras. Lo de las altas mansiones es una novedad...

ULISES: (*Sin escucharla.*) Un estremecimiento sacudió a Calypso y respondió: «Los dioses sois celosos. Nos negáis a las diosas el derecho de compartir la almohada con el mortal que nuestro corazón elige por esposo. Que cólera sentís cuando amamos las diosas. ¿Es que en la vida vuestra puede haber algo más que alegría? Raptó la Aurora a Orión, y Artemisa, envidiosa y casta, lo alcanzó con sus flechas. Se enamoró Deméter de Jasón, entregándose a él sobre los surcos tres veces removidos y Zeus le acribilló con su rayo de oro. A mí me traen a Ulises el viento y el oleaje. Lo recibo, lo abrazo, le prometo la juventud eterna... y el Olimpo, feroz, me lo arrebató». El corazón de la diosa lloró por mí... Yo fui ese Ulises. Iba a ser como un dios...

NAUSICA: (*Ligera.*) Duerme. Eres débil.

ULISES: Débil yo, que luché ante

Troya contra Filomelo y lo derribé con mi robusto brazo.

NAUSICAS: No sé quién era Filomelo ni me importa. Pero el nombre es feísimo... Tú estás débil de tanto amar, cariño. Eso es bueno.

ULISES: Ahora soy sólo un hombre... Y me consolaré, que es lo peor. Porque el hombre no tarda en cansarse del llanto. *(Cierra los ojos.)*

NAUSICAS: Gracias a los dioses, el hombre no es un dios... *(Le pasa la mano por la frente.)* Olvida. Tienes que reponerte... *(Tararea una nana. ULISES se queda dormido. Ha aparecido EURIMEDUSA, acechante, con un uniforme de cocina, un delantal y un cuchillo en la mano.)*

EURIMEDUSA: ¿Se durmió? *(NAUSICAS lo hace con un gesto de silencio.)*

NAUSICAS: *(Avanzando.)* Sí. Menos mal. También yo tengo, de cuando en cuando, derecho a descansar. Estando él despierto, no hay manera...

EURIMEDUSA: Los hombres son todos unos petardos. Guapísimos, pero petardos... *(Por la habitación.)* Ya ves que orden de casa. No se puede ni arreglar la habitación. Antes, por lo menos, hacías el amor y eso salías ganando, pero lo que es ahora... Hablar, hablar y quedarse dormido ¿cuándo limpio yo el polvo?

NAUSICAS: *(Desganada.)* Más polvo había antes. No gruñas... *(Con naturalidad.)* o te mando al Erebo, hijo del Caos y hermano de la Noche...

EURIMEDUSA: *(Asustada.)* ¿Qué?

NAUSICAS: ¿Ves? Ya me está contagiando sus manías. Habla él y me pone la alcoba perdida de diosas y centauros.

EURIMEDUSA: Lo que inventan para llamar la atención. Qué presumidos, madre.

NAUSICAS: Si se come un conejo es porque Palas Atenea se lo puso delante. Si se descuerna contra una roca es porque Poseidón le tomó antipatía. Si lleva veinte años haciendo el gamberro fuera de su casa es porque dejó tuerto de su único ojo a Polifemo, que también hace falta mala sangre... *(Pe-*

queña pausa.) Me aburro, Eurimedusa... No, no me aburro.

EURIMEDUSA: *(Que ha dejado el cuchillo y se ha puesto a limpiar.)* ¿No le gustaba el mar? Pues que se vaya a Itaca con viento fresco. O a donde sea.

NAUSICAS: Es que lo quiero aún. Es un pesado, pero lo quiero. Me ha contado ya tres veces la Iliada, cada vez de una forma diferente: lo que no cambia es que él se pone siempre de protagonista... Pero lo quiero... La Odisea me la sé de memoria: si él se equivoca, y le sucede con frecuencia, lo corrijo... Pero lo quiero. Ningún hombre, hasta ahora, me inspiró lo que Ulises: ternura... No hay nadie que suscite más ternura que un héroe cansado.

EURIMEDUSA: Pues aguántate entonces. Todos estos que vienen de la guerra, vienen así: pidiendo una enfermera a gritos. Les digas lo que les digas, te hablan sólo del frente.

NAUSICAS: *(En lo suyo.)* Ya ves qué general en jefe: sin ejército, sin barcos, sin un mal uniforme. Sin otros enemigos que los que él se imagina... Pero lo quiero.

EURIMEDUSA: Lo que a mí me parece, si te digo mi verdad, es que Ulises ha sido toda su vida un chulo.

NAUSICAS: *(En lo suyo.)* Cuando la cuenta, me expulsa de su vida... No quiero que me inunde con recuerdos de los que yo no formo parte... Que empiece aquí conmigo: que no tenga pasado. Que no haya conocido amigos que no conozco, ni enemigos, ni peligros corridos en el mar que yo no puedo compartir con él porque ya han terminado... *(Sobreponiéndose.)* Un día también se cansará de hablar de todo eso. Yo lo conseguiré.

EURIMEDUSA: Lo que conseguirás será estropearle la existencia. Tú que eras un cascabel de plata, ahora sueñas a muerto. Y por un hombre que ni siquiera es tu marido.

NAUSICAS: *(Muy infantil.)* El no quiere casarse. Dice que, antes o después decidirán los dioses que retorne a su isla.

EURIMEDUSA: Qué capricho con mezclar a los dioses hasta en

sus charranadas... ¿Por qué no le despiertas ahora mismo y le dices que los dioses te han «comunicado» que debe largarse con su música a Itaca?

NAUSICAS: Cambiará. Pasará el tiempo y cambiará. Ahora está convaleciente de la guerra de Troya. La curación es larga... Yo formaré, poco a poco, parte de sus recuerdos. Seré también «pasado» para él...

EURIMEDUSA: Sí, cuando seas una vieja arrugada lo mismo que una chufa.

NAUSICAS: Me hablará a mí de mí. Se acordará de cosas que hemos hecho, de un color que vimos juntos, de alguna vez que nos reímos de algo mirándonos los ojos...

ULISES: *(Dormido.)* Sólo una vez en Delfos, junto al altar de Apolo, he visto algo tan bello como tú: fue el tronco de una palmera que subía hasta el cielo...

NAUSICAS: *(Emocionada.)* ¿Le oyes? Cambiará. Ya me habla en sueño.

EURIMEDUSA: No cambia nadie a nadie. Nunca. Por nada. Es bonito pensar que sí. Pero sabemos que es mentira. Los hombres son así: o los amas o los matas. Pero intentar cambiarlos es una insensatez... Y éste, por lo menos, cuenta cosas preciosas. A un marinero quise yo a tu edad que, cada noche, al volver de la playa, me hablaba de sirenas que había visto y le habían llamado. Por darme celos. ¡Celos yo! Y total de una sirena, que no es ni carne ni pescado: una especie de merluza que canta... Y es que los hombres no tienen bastante con las mujeres: necesitan estar todo el día imaginando cosas.

NAUSICAS: *(A lo suyo.)* También Ulises oyó cantar sirenas...

EURIMEDUSA: ¿No te digo? *(Aírándose.)* Y todos estos cuentos te están poniendo amarga... Que zurzan a los héroes, Nausica. Si los han vuelto locos tantos muertos, que no hubieran matado. Que los encierren en los manicomios, ya que no los encerraron antes de hacer las guerras... Pero lo que es a tí no te oscurece la vida ningún hijo de madre. Lo vas a ver ahora... *(Inicia el mutis.)*

NAUSICA: ¿Qué haces?

EURIMEDUSA: Espera y lo verás. Poco han de poder el verano y la sangre si no te saco yo a tí lo agrio de las venas. *(Sale.)*

ULISES: *(En sueños, inquieto.)* En la isla del Sol pastaban alegres y blancos los rebaños... La sangre tiñó de rojo toda la tierra... todo el mar... Yo corrí hacia la nave...

NAUSICA: *(Yendo hacia él, acariciándolo.)* Todos tenemos nuestra odisea, Ulises. La odisea no es ir de isla en isla, camino de la nuestra, sino de persona en persona, camino de nosotros... Si, en el fondo, tú sabes que siempre se acaba en donde se empezó, ¿por qué corres, Ulises? *(Entran EURIMEDUSA y EURIALO: joven apasionado e introvertido. Al oírlos se vuelve NAUSICA.)* ¡Eurialo!

EURIMEDUSA: Sí, Eurialo, tu novio. De tu edad, buena facha, simpático y alegre. Y con toda la vida por delante. No por detrás, como otros... *(Los jóvenes se miran con intensidad.)* Todos los recuerdos que tiene se llaman como tú: Nausica. Su amor, Nausica. Su esperanza, Nausica. No ha visto nunca brujas. No ha visto nunca diosas. No ha tenido en las manos más pechos que los tuyos. Cuando soñaba a los quince años con mujeres, todas tenían tus ojos. ¡Eurialo! Déjate ya de juegos, novela. Sobre estos hombros tienes que hacer tu casa. *(Toma de los hombros a EURIALO y lo empuja a NAUSICA. Esta lo recibe y se deja besar por él largamente.)*

NAUSICA: No me sabe tu boca igual que me sabía.

EURIMEDUSA: Ay, que redicha eres... Ya te han envenenado. Bésala más, Eurialo. Maldito sea el amor si dura más de lo que se tarda en hacerlo.

EURIALO: Todas las noches he venido a verte. ¿Por qué no me has abierto?

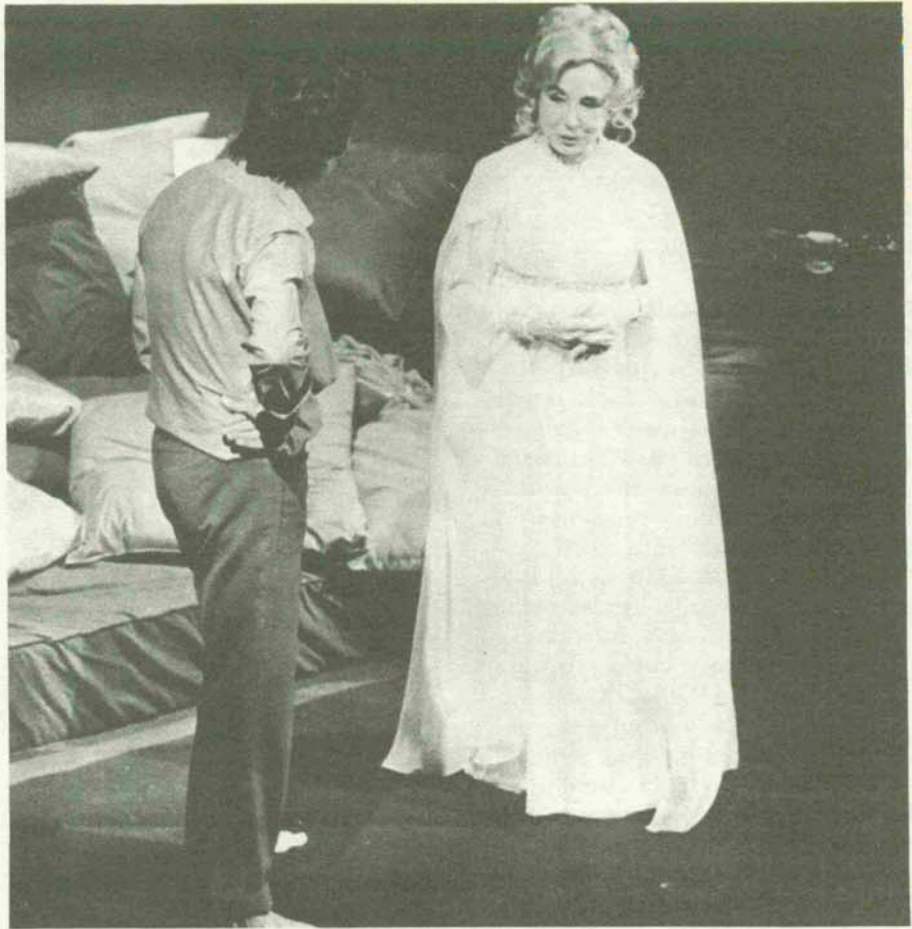
NAUSICA: *(Señalando la cama donde ULISES duerme.)* Porque había otro hombre.

EURIALO: *(No arrebatado: doliente.)* ¿Quién es?

NAUSICA: Un extranjero.

EURIALO: ¿Qué hace aquí?

NAUSICA: Ya lo ves: duerme.



PENELOPE: ¡Ay! Ulises tan pródigo en astucias. ¿Es que se puede vivir a tu lado, por poco tiempo que sea, sin empaparse de tu sabiduría? Durante la noche destejo lo que tejí de día. Será un trabajo eterno.

EURIALO: ¿Por qué está en nuestra cama?

NAUSICA: En mi cama, Eurialo... Yo he mullido la almohada. Yo he abierto el embozo. Yo he estirado las sábanas. Yo le he cogido de la mano y, sin sonreír, le he dicho: Ven.

EURIALO: Como a mí...

NAUSICA: Como a ti. Después de terminar, con sus ojos encima de los míos, sin sonreír todavía, le he dicho: Te amo... Sólo entonces he sonreído un poco.

EURIALO: Le has dicho «Te amo». A mí también.

NAUSICA: Y era cierto. Cuando te lo dije, era cierto.

EURIALO: Dijiste: «Te amaré del todo y para siempre».

NAUSICA: *(Con cariño, como en toda la escena.)* El amor, mientras dura, es para siempre. Mientras dura, es eterno. Te amé a tí para

siempre: ahora amo a Ulises para siempre... Luego, no sé.

EURIMEDUSA: *(Que no puede resistir más.)* Sabihonda, niña triste. Has caído en tus propias redes... Sólo era una aventura, ¿verdad? Tú eres muy moderna... Una aventura con un aventurero. Tres días de jolgorio y ya estaba... Pasan pronto tres días... Le ibas a dar sólo tu piel, ¿no es eso?: sólo tu carne, sólo tu cintura... Qué tontas somos todas. No aprenderemos nunca...

EURIALO: *(Que entretanto se ha acercado a ULISES.)* Es un viejo.

NAUSICA: Sí, es bastante mayor. Eso le da experiencia. Y desdén. *(Tierna como si hablase de un niño.)* Está de vuelta, ¿entiendes?: de vuelta a Itaca. Ese es su encanto. *(Triste.)* Eso, y el que de verdad nunca será mío. Su edad, de la que se sonroja, es el único encanto que no quiere ejercer. Los otros se los

pasa exhibiéndolos todo el día... Me he convencido de que lo mejor de un hombre es lo que él trata, por vergüenza, de ocultar.

EURIALO: *(Temeroso de la respuesta.)* ¿Te casarás con él?

NAUSICA: ¿Para qué? ¿Sería Ulises más mío sólo por ser el yerno de mi padre?

EURIALO: *(Decidido y sereno.)* Voy a matarlo, Nausica.

EURIMEDUSA: Sí, mávalo. Nadie sabe que está aquí. Pudo morir en Troya. O en cualquier otra parte. Nadie lo espera ya. Mávalo. *(Le da el cuchillo.)* Toma esto y mávalo. Tiraremos su cadáver al mar. A él le encantaba: estará muy contento. Y si el mar lo devuelve, como lo ha devuelto tantas otras veces, no podrá hacer más daño: un muerto es poca cosa. ¡Toma!

NAUSICA: *(A EURIALO, que ha cogido el cuchillo y la mira al acecho de su pensamiento.)* Animo, está dormido. No se va a defender. Es fácil. Mávalo. Si así crees que voy a volver a amarte, atrévete a matarlo. *(Sus nervios la mantienen, excitándose a sí misma, en este monólogo, hasta la caída final.)* Nos hemos pasado la vida burlándonos de los crímenes pasionales, de los celos, de los amores teatrales, de los amantes célebres. Nosotros íbamos a ser distintos, naturales... Hacer el amor no importaba gran cosa. Era un deporte: el más antiguo. Era sólo una fiesta, uno asiste, se divierte y se va. Sin consecuencias. Eramos como amigos educados que se hacen mutuamente el favor de dejarse gozar. Cultivábamos la elegancia social del regalo. Eso era todo. *(La ironía está dirigida tanto o más contra ella que contra EURIALO. Y el dolor.)* Nos daban risa las parejas ancianas, que envejecieron juntas. El amor era como los bailes modernos, igual que un baile nuevo: sólo para los jóvenes... Fuimos crueles y estúpidos... ¿Qué más da? Mávalo... Pero no porque sea tu enemigo: tú no puedes tener celos de un viejo. Pero no porque haya «bailado» conmigo varias noches: bailar es algo tan inocente, ¿no?... Mávalo porque es viejo simplemente y está cansado. Porque tiene, ¿ves?, esta arruga aquí, en medio de los

ojos y eso te molesta. Porque te molesta que esté aquí tumbado, lejos, navegando en su sueño de isla en isla. Mávalo porque se llama Ulises y el nombre no te gusta. Sé valiente. Los hombres sois valientes. Presumís por lo menos. Vais a la guerra, cazáis leones, hacéis pesca de altura, sois valientes. Mávalo. Mávalo porque sí. Sin dar explicaciones. *(ULISES hace un movimiento que nos induce a pensar si se habrá despertado.)* Yo conozco su pecho. Hasta el último vello de su pecho he besado. Te diré donde puedes hundir mejor ese cuchillo... *(Agarrándose de los hombros.)* Bésame. Toma fuerza de mí. *(Lo hace rabiosamente.)* Respira hondo y clava hondo también. Ven. Aquí. Este es el mejor sitio. *(Señala bajo la clavícula izquierda de ULISES.)* ¿A qué esperas? *(Se ha tapado los ojos. En el colmo de la excitación.)* ¡Mávalo! ¡Mávalo! *(Incapaz de resistir cae sobre el cuerpo de ULISES sollozando. La mano de ULISES acaricia su cabeza.)* ¿Qué va a ser de nosotros? Tengo miedo. ¿A dónde están tus dioses?

EURIMEDUSA: *(Que ha presenciado la escena en primer término, a EURIALO, que había avanzado hacia ella.)* Has quedado muy bien, Eurialo. Cualquier mujer se habría sentido orgullosa de tí. Enhorabuena, hijo.

EURIALO: *(Aceptando la ironía.)* ¿Qué quieres que haga?

EURIMEDUSA: Nada. Devolverme el cuchillo. Tengo que pelar patatas para la cena. *(Le arrebatada el cuchillo.)* No entiendo ya este mundo. Arreglároslos solos. *(Sale airadamente.)*

ULISES: He dado una cabezadita, me parece. He soñado...

NAUSICA: *(Decepcionada. Reaccionando. De pie.)* Sí, con dioses y diosas por no perder el hábito.

ULISES: *(Incorporándose.)* ¿Quién es? *(Por EURIALO.)*

NAUSICA: *(Intentando herirle.)* Un hombre joven.

ULISES: *(Pasando eso por alto.)* ¿Qué hace aquí?

NAUSICA: Esperar que te levantes para ocupar tu puesto.

ULISES: *(De pie.)* No será un mensajero de Zeus... A veces sue-

len adoptar apariencias vulgares.

NAUSICA: Este no es tan vulgar. Se llama Eurialo. Lo conozco desde niño. No acostumbra a traer recados de los dioses. A sabiendas, al menos. *(Decidida a provocarlo.)* Ulises, antes de que llegaras a esta isla, yo mullía cada noche esa almohada, retiraba el embozo, alisaba la sábana, tomaba de la mano a Eurialo y le decía: Ven.

ULISES: *(En el que hay una punta de malicia, como si representase un papel que se le ha repartido.)* ¿Como a mí?

NAUSICA: Como a ti. Después de terminar, con sus ojos encima de los míos, sin sonreír, le aseguraba: Te amo. Solo entonces le sonreía un poco.

ULISES: A mí también me has dicho que me amas.

NAUSICA: Y era cierto. Mientras te lo decía, era cierto.

ULISES: *(Con curiosidad.)* ¿Y ahora?

NAUSICA: *(Desolada.)* Ahora ya no lo sé.

ULISES: *(Muy desde arriba.)* Es lógico. Si sólo hubiera un hombre, lo amarías a él. Pero hay muchos y amas un poco a todos. Elegir uno solo entre tantos es difícil. A tu edad *(Se está vengando.)* es difícil. No te preocupes: el tiempo te ayudará a elegir. *(Le pasa la mano por el pelo.)* Por fin tendrás tu amor —el tuyo— al lado. Lo que no tendrás entonces será tiempo... Eso lo sé muy bien.

EURIALO: *(Al que incita la caricia de ULISES.)* Voy a decirle a tu padre que en tu casa se esconde un extranjero.

NAUSICA: *(A EURIALO.)* Cállate tú. *(A ULISES, cuyo juego descubre.)* Déjate de reflexiones y máximas morales. ¿Tanta sangre has perdido para no darte cuenta de que este hombre joven es tu rival? ¿De que quiere mi amor igual que tú?

ULISES: *(Intentando otro juego.)* No igual, Nausica, no... A los veinte años si se pierde un amor, se puede iniciar otro al día siguiente... Hay muchas islas en el mar y el amor no se acaba... Pero perder un amor a mi edad es despedirse...

NAUSICA: (*Descubriéndolo otra vez.*) Astucias, no, Ulises. No vas a darme pena...

ULISES: (*Mientras piensa la nueva añagaza, por las claras.*) ¿Qué quieres entonces? ¿Que lo mate? ¿Que te retenga a la fuerza entre mis brazos? ¿Que salpique de sangre el suelo, las paredes, la falda de tu traje? Quieres sentirte importante porque te aman dos hombres y tú estás, con un dedo en la boca, dudosa entre los dos... Vamos Nausica. Ya en mi época eso no se hacía. Y tú eres tan de hoy...

NAUSICA: (*Descubierta a su vez.*) ¡Cobarde! (*A EURIALO.*) ¡Cobarde! ¡Cobardes!

ULISES: (*Que se ha vuelto a EURIALO.*) No será necesario que me denuncies. Me iré probablemente. (*NAUSICA acusa el golpe.*) Como ves, no tengo nada que hacer aquí. La violencia cansa. Es como un bumerang que acaba por golpear en la frente a quien lo arroja.

EURIALO: (*Importante, ante lo que no entiende.*) Yo la amé antes que tú. Ella me amó antes que a ti.

ULISES: Me gusta que me tutees: me hace sentirme joven... En amor, no es llegar el primero lo que importa: eso es en las carreras.

NAUSICA: (*Que se ve desplazada, metiéndose por medio.*) Pero ¿es que yo no cuento? Estoy aquí. ¿No me veís?

ULISES: Sí, incluso te oímos, Nausica. No hace falta que grites. (*La aparta. A EURIALO.*) ¿Te casarás con ella?

EURIALO: No lo sé.

NAUSICA: (*Como una niña contrariada.*) Yo sí lo sé. No me casaré ni con él ni contigo. Preferiría casarme con un toro, como esa Pasifae de quien te gusta hablar. O con un cisne, como Leda. O con un burro muerto.

ULISES: (*Que sabe que todo el vercerío de NAUSICA es porque no la han dejado hacer su gran escena.*) No hagas caso: Nausica se excita fácilmente. (*Dispuesto a jugar otra vez.*) Escuchadme los dos. Los jóvenes, en la cama, habláis de amor y nada más... Y lo hacéis, por supuesto. Pero habláis y ha-

céis el amor nada más. Y la cama está hecha para otras muchas cosas...

NAUSICA: (*Dañina.*) Para dormir, por ejemplo.

ULISES: (*Sin mirarla.*) Sí, para dormir, por ejemplo. Y para descansar de haber hecho el amor. Y para estar enfermo. Y para tener un hijo. Y para hacer, un poco por costumbre, eso que hacéis por gusto. Y para hablar...

NAUSICA: (*Sarcástica.*) Para hablar, sobre todo.

ULISES: (*Sin mirarla.*) Eso es: sobre todo para hablar... de lo que se ha hecho durante el día... de lo que se va a hacer al día siguiente, al año siguiente, a la vida siguiente...

De que ya no nos queremos como antes. De que estamos menos seguros del amor y más seguros de la confianza... Para advertirnos uno a otro cuándo es nuestro cumpleaños... o que no nos ha parecido bien una mala contestación de por la mañana... o lo raro que está el niño segundo, porque atraviesa esa edad maravillosa en que hablar en la cama precisamente de lo que estamos hablando parece una solemne estupidez... Para confirmarnos uno a otro, hombro con hombro, así, acostados...

NAUSICA: (*Explotando.*) Se acabó la monserga. Yo hablo de amor. Tú hablas de matrimonio.

ULISES: (*Sin alterarse.*) Eso es exactamente: eres muy lista. Los jóvenes creéis cuando os casáis, que el matrimonio es una sociedad de seguros de amor...

NAUSICA: (*Con una risa mordida.*) Yo no creo eso.

ULISES: Sí, tú quizá no. Tú eres muy rara. Pero suele creerse. (*A EURIALO.*) ¿No es cierto? Cuando un amor se acaba, se busca el sustituto. Y no es así. Porque se puede vivir muy bien sin amor. En sociedad con la persona que se ha amado. Con el socio de ayer. Vivir de amables réditos, de esas pensiones no muy grandes que cobran los que se jubilan. Ya hasta la muerte. Sin el agobio de pensar que algo está terminándose, que algo funciona mal y nos vamos a quedar solos como antes —no, más solos que antes de estar

acompañados— ladrándole a la luna como perros... El matrimonio está bien inventado: lo han inventado los seres humanos a su propia medida. Es cómodo de llevar, resistente si se le trata bien... El amor, no es sin embargo, nada de eso. Es una sucia trampa, una sacaliña, el castigo que los dioses nos impusieron por...

NAUSICA: (*Con una clara risa.*) Ya salieron los dioses, ¿cómo no?

ULISES: (*desentendiéndose de ella, a EURIALO.*) Ahora Nausica nos hará una buena sopa y olvidaremos nuestras diferencias...

NAUSICA: (*En el colmo de la ira.*) ¿Yo, una sopa? Tú estás loco. ¿Qué sopa?

ULISES: (*Muy en marido.*) Una sopa caliente, espesa y nutritiva...

NAUSICA: (*Buscando a alguien.*) Pero ¿qué dice? ¿Tú por quién me has tomado?

ULISES: ¿No eres tú el ama de esta casa...?

NAUSICA: Por mí ya os podéis morir los dos de hambre. Y cuanto antes. Fuera de aquí... ¡Deprisa!

ULISES: (*A EURIALO, sin hacer caso del ultimatum.*) ¿Te casarás con ella?

EURIALO: Creo que no.

ULISES: Sin embargo, la amas.

EURIALO: Sí, la amo. Pero no me casaré con ella. Buenas noches. (*Sale con los ojos bajos.*)

ULISES: (*Muy joven.*) Ciao. (*Lo ve salir. Se vuelve hacia NAUSICA, furiosa, con una risa en los labios.*) ¿Ves que fácil es librarse de un rival que molesta? Un poquito de astucia, unas frases sobadas dichas con elocuencia... y ya está. (*Intenta conducirla a la cama.*) Ven, Nausica...

NAUSICA: (*Se desprende de él. Lo mira con odio. Va hacia la puerta.*) ¡Eurialo!

ULISES: Ya no te oye. Vamos mientras Eurimedusa nos prara la cena... Me encuentro fuerte hoy.

NAUSICA: Odio tu juego sucio, maldito zorro.

ULISES: (*Suficiente.*) Sin mis zorrerías nunca se hubiera conquistado Troya. Si no es por mi artimaña del caballo...

NAUSICA: (*Sin dejarle seguir.*) A

traición. A traición y por la espalda... ¿Qué me importa a mí Troya? ¿Qué me importan tus peleas de barrio? ¡Troya!: griegos bebiendo sangre griega. Pártete de una vez tu condenado cuello de tanto mirar hacia atrás... ¡Me das tortícolis pobre Ulises, pobre hombre, fabulador de mierda!

ULISES: (Acercándose.) Mi querida joven... (Le divierte el ataque de NAUSICA.)

NAUSICA: (Echando por la boca toda su desilusión, su humillación de enamorada por la que no se lucha.) No te acerques. No me toques. Vas a oír lo que pienso de toda esa morralla. De esa guerra de cuyos intereses estás viviendo todavía...

ULISES: (Muy paternal.) No me interesa tu opinión.

NAUSICA: Helena fue una puta pasada de moda. Menelao, un cornudo consentido. Clitemnestra una perra salida, a la que su marido no dejaba contenta. Agamemón, un impotente que se distraía jugando a los soldados...

ULISES: (Sin agraviarse.) Deja en paz a los muertos.

NAUSICA: ¿Dejaron ellos en paz a los vivos? Ajax, un esquizofrénico consumido de envidia. Paris, un barbilindo parpadeante, especializado en concursos de belleza... Y tu héroe Aquiles, el de los pies ligeros...

ULISES: (Como a una niña.) Calla, Nausica...

NAUSICA: (Imparable.) Aquiles, una loca a la que no le importaban más que los muslos de Patrocles... Y tu Olimpo ¿me oyes bien? todo tu Olimpo, un patio de vecinos atestado de zorras y maricas.

ULISES: (Sin inmutarse.) No blasfemes. ¡Te has vuelto loca! Los dioses...

NAUSICA: Pero el peor de todos, tú: explotador de viejas solitarias, consolador de solteronas, mentiroso, bujarrón de puertos, bravo de pacotilla, adorador de dioses inventados... (ULISES aguanta paciente la dulce letanía.) ¡Viejo! (Eso ya no. ULISES abofetea a NAUSICA, que cae al suelo.)

ULISES: ¡Ya está bien!

NAUSICA: (Confundiendo como

siempre, la reacción de ULISES. Transformada, segura de que ha recobrado el interés de su amante.) Ulises... (Se incorpora. Le busca.)

ULISES: Déjame.

NAUSICA: Perdona. Quería hacerte daño. Pero no sentía lo que he dicho...

ULISES: Hay cosas que, aunque se sientan, no se deben decir... (Se está dejando querer nuevamente. Ahora es el niño enfurruñado.)

NAUSICA: Olvídalo.

ULISES: Se quedan para siempre en el aire, separándonos, como un muro invisible...

NAUSICA: Bésame. Yo conseguiré que te olvides de eso...

ULISES: (Obseso.) ¡Viejo, yo! ¿De verdad me encuentras viejo?

NAUSICA: Quería molestarte. (Le coge los brazos.) Abrazame.

ULISES: (Se desase.) No, no. Soy demasiado viejo. Busca otro de tu edad.

NAUSICA: A mí me gusta ser dominada, Ulises. Ningún hombre de mi edad podría dominarme.

ULISES: (Que se ha salido con la suya.) Yo no soy un domador de circo. Ni un hércules de circo... soy un viejo.

NAUSICA: No hablemos más, Ulises. (Intentando llevarlo a la cama.) Ven... (Aferrándose a un recurso extremo.) Cuéntame lo que te pasó en aquella isla donde los hombres se alimentaban con la flor del loto. No lo recuerdo bien...

ULISES: (Halagado en lo íntimo.) El loto hacía olvidar los hogares, la patria, el ideal, los hijos...

NAUSICA: (Interrumpe, indebidamente, por ganas de participar. Pero a ULISES le fastidia.) Cuando yo era una niña me sentaba con la falda llena de paniquesillo al pie de las acacias. Hasta que no me llamaban desde el balcón, merendaba las flores de la acacia... (Pensativa.)

ULISES: (Recomenzando.) El loto, como digo, hacía olvidar los hogares, la patria, el ideal...

NAUSICA: Como el amor... (Gesto de ULISES.) Vamos, Ulises. (Lo toma del brazo. Avanza hacia el fondo.)

ULISES: Yo hice desembarcar

media docena de hombres. Tar-
daban en volver... ¿Comprendes?
ya nos habían olvidado. Entonces
desembarqué yo mismo... (Entra
EURIMEDUSA, con uniforme os-
curo, NAUSICA, la malmira.)

NAUSICA: Desembarcaste. Si-
gue... (Le hace un gesto de que se
vaya a EURIMEDUSA.)

EURIMEDUSA: (Que sigue con el
enfado, se niega.) La cena está ser-
vida. (Sale.)

NAUSICA: Sigue... (Da dos pasos
más hacia el fondo.)

ULISES: Luego continuaré... Dis-
cutir me abre siempre el apetito.
Vamos al comedor. (Avanza hacia
la puerta, ante la decepción de
NAUSICA, que acaba por ir tras él.)

NAUSICA: Pero... Ulises. (Asom-
brada.) ¿No terminas tu historia?
¿Qué es lo que tienes hoy?

ULISES: (Vengándose con toda la
guasa de quien verdaderamente
está de vuelta.) Hambre, pequeña,
hambre. (Salen mientras se hace el
segundo.)

OSCURO.)

(ULISES está recostado en la
«chaise - longue». Quizá dormita:
nunca se sabe. Tiene puestos un
pantalón y un sueter. Más que en-
trar, aparece PENELOPE. Lleva un
elegantísimo traje de fiesta largo.
Su tocado recuerda a los tocados
clásicos. Su pelo es de un castaño
muy claro. Pone una mano sobre el
hombro de ULISES, como si lo des-
pertara.)

ULISES: ¿Quién eres?

PENELOPE: ¿Quién puedo ser?

ULISES: ¿Penélope?

PENELOPE: Penélope. (Sonríe
dulcemente.)

ULISES: ¿Cuándo has llegado?
¿Cómo? (Se incorpora.)

PENELOPE: Acabo de llegar. Tú
me has traído...

ULISES: Te estoy soñando... (Se
deja caer de nuevo.)

PENELOPE: Sería hermoso que
soñases conmigo. Siempre pensé
que así sucedería. Pero ahora es-
tás despierto... ¿Ves? Beso tu me-
jilla. (Lo hace.) Pellizco tu pode-
roso brazo... (Lo hace.) Estás des-
pierto. (En toda esta escena, PE-
NELOPE tiene quizá demasiada

ternura, demasiado encanto. A veces una levisima ironía. Habla como a ULISES le gustaría oírle hablar.)

ULISES: (Asombrado.) Penélope.

PENELOPE: Ulises... (Toma su mano.) Supongo que nunca se te ocurrió que nos pudiéramos encontrar fuera de casa... así, de repente...

ULISES: (Con temor.) ¿Es que estás muerta acaso?

PENELOPE: No, ¿por qué? Bueno, si es que puede decirse que está viva una mujer que ha perdido a su esposo. Tú, mejor que nadie, sabes que vivo... a mi manera. ¿No estuviste en el sombrío Hades, el país de la muerte? ¿No te rodeó allí la vaga procesión de las princesas muertas, que anhelaban beber la sangre del carnero sacrificado? ¿Me viste a mí entre ellas? Mírame bien, Ulises. Tó-

came bien. (Toma sus manos y las obliga a hacer un recorrido.) Mis orejas, donde musitaste tantas suaves palabras... Mi cuello, que besabas... Mis hombros...

ULISES: (Reaccionando.) ¿Por qué has venido?

PENELOPE: Porque estabas echándome de menos, cariño. Aquí me tienes... Soy tu hora de la siesta... (Insinuante.) Las persianas echadas, el silencio, la verduosa penumbra de la siesta. Fuera, la vida se desgarró los muslos entre los rosales y se impacienta el mar... Pero dentro están los objetos conocidos en el lugar de siempre. A tientas puedes dar con ellos. Si te quieres levantar de la cama, tus pies encontrarán sin dudar las chancletas... Soy tu cuarto de baño. El agua de la ducha a la temperatura exacta. Tu espejo, tu maquinilla de afeitar dispuesta,

tu espuma de jabón... Soy esa hora al día que necesitamos para estar solos voluntariamente... Para cargar la batería, relajarnos y salir otra vez, alegres y seguros...

ULISES: (Abandonado.) Dime cómo van por Itaca... por casa, los asuntos...

PENELOPE: ¿Puedo sentarme al lado tuyo?

ULISES: Por favor... (Le hace sitio.)

PENELOPE: No, no. Ponte cómodo. (Le coloca un escabel bajo los pies. Se sienta.) Y fuma, Ulises. Fuma. (Sorpresa en ULISES.) Charlaremos mejor.

ULISES: No veo ceniceros. (Ella le enciende el pitillo. Se lo da.)

PENELOPE: No importa... El suelo es un enorme cenicero. (Sonríe.)

ULISES: (Asombradísimo.) Qué... ¿Qué vida haces tú?

PENELOPE: Desde el mirador del salón, veo toda la bahía... Cuando se acerca un barco, oigo saltar mi corazón. (Más natural.) Te espero.

ULISES: Gracias. (Todavía desconfía de esa nueva PENELOPE.)

PENELOPE: No hay de qué, querido. Ese es mi oficio: esperarte.

ULISES: Sin embargo, he sabido que... que tienes algunos pretendientes.

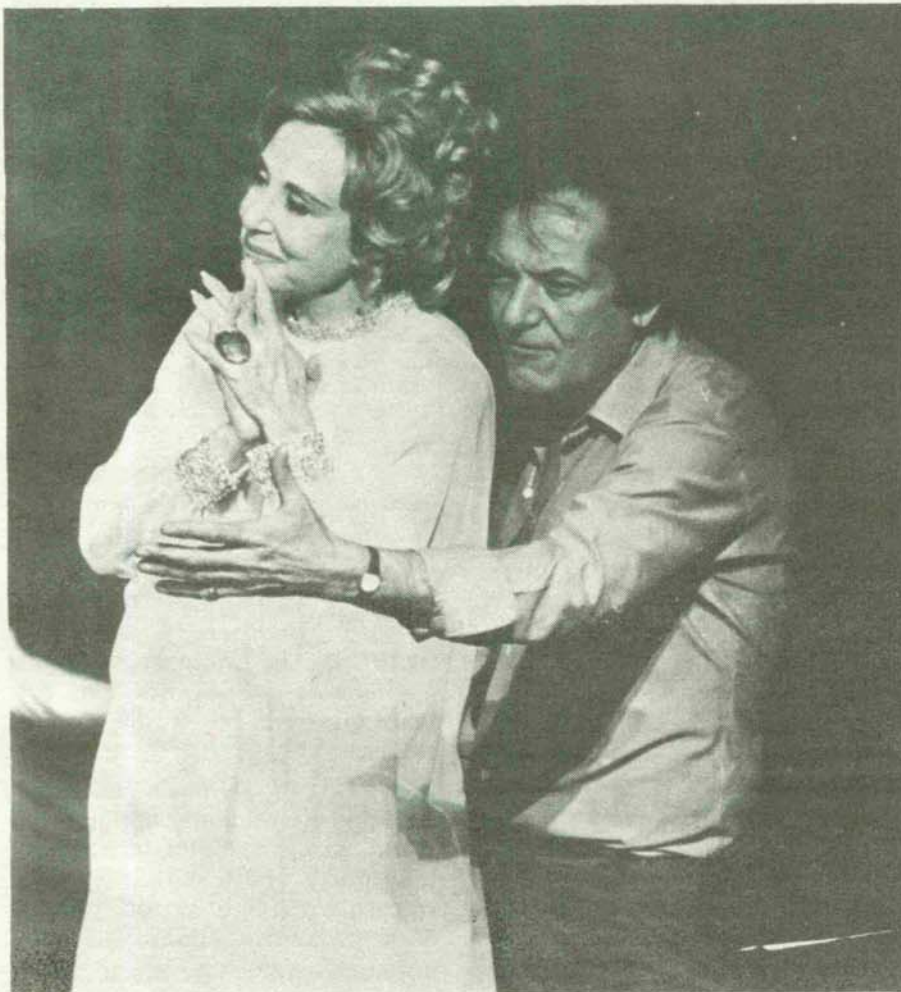
PENELOPE: ¡Qué bobada!... Muchos... Los jóvenes de la isla me encuentran bella, por lo visto.

ULISES: (Alarmado.) ¿Los jóvenes?

PENELOPE: (Como quien no quiere la cosa.) Sí. Qué raro, ¿no? (Dispuesta a halagar.) En realidad, pienso que lo que los ilusiona es casarse con la mujer de Ulises. (Modesta sonrisa de éste.) Pero no te preocupes. Para impedir que se subleven, les he prometido elegir entre ellos...

ULISES: ¿Y lo harás?

PENELOPE: Que disparate, Ulises. ¿Por quién me tomas? ¿Habría de ser mi memoria tan frágil como para olvidar tu fuerza y tu hermosura? (La dialéctica de PENELOPE consiste en dar una de cal y otra de arena.) Los estoy engañando. Durante todo el día, tejo el



ULISES: Miré la patria y arrullado por el mar eterno, me dormí. Pero mis soldados, envidiosos del regalo de Eolo y de mi fama, quisieron saber el contenido del odre. Apenas descosido, se escaparon los vientos... Y lejos de ti, lejos de todo, otra vez navegantes.

sudario con que enterrar a Laertes, tu padre, cuando llegue su hora. Es una obligación de buena nuera, que ellos respetan. Hasta que no lo acabe no elegiré marido...

ULISES: Pero lo acabarás y entonces...

PENELOPE: ¡Ay! Ulises tan pródigo en astucias. ¿Es que se puede vivir a tu lado, por poco tiempo que sea, sin empaparse de tu sabiduría? Durante la noche desteje lo que tejí de día. Será un trabajo eterno. *(Sonríe ULISES. Sonríe PENELOPE.)*

ULISES: ¡Oh! ¡Penélope! *(Muy en maestro satisfecho.)* ...¿Y mi padre, qué tal está? En la morada de los muertos me encontré con mi madre...

PENELOPE: Sí, la pobre Anticlea... Ya sabes que nunca se llevó bien conmigo, sin motivo, por supuesto: era bastante arbitraria, pero su muerte nos reconcilió.

ULISES: *(Molesto.)* Era de esperar que la tirria que sentías por ella no persistiera hasta después de muerta...

PENELOPE: *(Que está en la de arena.)* No me entiendes, Ulises. No lo digo por eso. Es que murió porque no te tenía. Murió de sufrimiento por no saber qué era de su hijo... Y en el amor a Ulises nos unimos las dos...

ULISES: *(Nuevamente halagado.)* Ah, siendo así... Perdona.

PENELOPE: En cuanto a tu padre, todos los habitantes de la isla opinan que está como una cabra.

ULISES: ¿Qué me dices?

PENELOPE: Las apariencias no le son favorables ciertamente. Vive en el campo, jamás baja a palacio. En el invierno duerme junto a la chimenea, en el suelo, entre cenizas. En verano, se acuesta en los viñedos...

ULISES: Un hombre tan ecuánime, tan vivo...

PENELOPE: La tristeza de su corazón es demasiado grande, Ulises. Tú eras su futuro. Su vida fracasada iba a lograrse en tí. Y le has dejado su vejez tan sola...

ULISES: *(Justificándose.)* Todo el porvenir de Grecia estaba en juego. *(Glorioso.)* Era preciso partir,



ULISES: Es que Nausica me ama...

PENELOPE: ¿Y quién no te ama, Ulises? Pero lo importante es esto: ¿la amas tú a ella?... Tú, como los inmortales, te amas a ti solo.

sacrificarse. Hay ocasiones en que es necesario derramar sangre violentamente, para lograr a nuestros hijos un mundo más justo y más tranquilo. A la paz, por la guerra.

PENELOPE: *(Que acaso no haya escuchado, muy bajito.)* Todos te amábamos, Ulises: eras nuestro mes de mayo y nuestro pan; nuestra bufanda y nuestros pájaros. Itaca se ha arruinado sin tí, ¿qué otra cosa querías?

ULISES: *(Sonriendo en medio de su dolor bien fingido.)* Cómo me reconfortan tus palabras. Me hacen sentirme necesario, joven, impetuoso otra vez...

PENELOPE: *(Punzante.)* ¿Joven?

(Alarma en ULISES. Cambio en PENELOPE.) Siempre lo fuiste, Ulises. Eras la juventud misma. Te miro y me parece ver a nuestro Telémaco.

ULISES: ¡Ah! Telémaco... ¿Cómo no he preguntado antes por él? ¿Con qué niños se trata? ¿A qué colegio va?

PENELOPE: ¿Niños? ¿Colegio? Tu reloj no funciona, amigo mío. Esta misma mañana se ha afeitado por primera vez. Es tu vivo retrato. Yo le hablo a todas horas de tí: te admira tanto... «¿Cómo andaba papá?» Y te imita. Tiene tus mismos prontos, la misma forma de enmarcar las cejas cuando se enfada... Es adorable:

delicado y viril al mismo tiempo: igualito que tú.

ULISES: Me emocionas. (*Un suspiro sincero.*) Me emocionas, Penélope.

PENELOPE: Obediente y hermoso. Esbelto como las espigas y dorado como ellas. Un dios: como eras tú... Como lo eres aún. Antes yo solo vivía para él. No me quité la vida, que sin ti no lo era, sólo por él... le enseñaba a leer, a jugar, le cosía la ropa, lo peinaba... Un día, bañándolo, me dí cuenta de que era un hombre ya. Me eché a llorar sobre su sexo, que guardaba la semilla de Ulises. Y lo bendije... Pero desde ese día corre el cerrojo cuando va a bañarse.

ULISES: ¡Ah! Itaca, Itaca, ¿por qué los dioses me han impedido regresar a tí? (*Apeándose ligeramente del tono épico.*) Escucha, esposa mía: después de algunas peripecias Eolo me regaló, al salir de su isla, el pellejo de un toro de nueve años...

PENELOPE: (*Procurando atender, pero sin interesarse demasiado.*)

¡De nueve años, qué barbaridad!

ULISES: ... cosido en forma de odre con un hilo de reluciente plata.

PENELOPE: Me entusiasman tus relatos, Ulises. Me chifla tu elocuencia. ¿Podía yo haber olvidado, ay, tus ardientes palabras en nuestra intimidad?

ULISES: (*A lo suyo.*) Con el odre en la nave, al décimo día de navegación, vimos las costas de Itaca. Yo había regido el timón todo el tiempo y quise descansar para que mi Penélope me encontrase atractivo. Ya tocaba la Patria con los ojos. Los dos avanzados promontorios, en cuya rada, tan tranquila es, los remeros fondean sus barcas sin amarras... El olivo, a la entrada del puerto, dando su bienvenida; la encantadora fuente de las Náyades... ¿La recuerdas?

PENELOPE: La verdad, no del todo...

ULISES: Sí, la gruta de dos entradas: una del norte, para los mortales; otra, del mediodía, sólo para los dioses.

PENELOPE: Sí, ahora me acuerdo que, junto a uno de esos

dos agujeros, me besaste una tarde... De novios, me parece. Me parece, no: estoy segura. Después no me besaste casi. Y fuera de casa, jamás, por descontado.

ULISES: Miré la patria y arrullado por el mar eterno, me dormí. Pero mis soldados, envidiosos del regalo de Eolo y de mi fama, quisieron saber el contenido del odre. Apenas descosido, se escapó...

PENELOPE: He perdido el hilo. Perdón, ¿qué se escapó?

ULISES: Los vientos, Penélope. Los vientos. Una extraña tormenta nos arrastró, como a una nuez, mar adentro de nuevo: lejos de ti, lejos de todo, otra vez navegantes.

PENELOPE: No sufras más, Ulises. Los dioses se han cansado de hostigarte. ¿Cómo, si no, hubiesen consentido mi visita?

ULISES: Tienes razón. Pero ¿por qué la han consentido precisamente ahora?

PENELOPE: ¿Cómo que por qué? Es sencillísimo. Si una mujer puede interpretar los divinos designios, creo que sé por qué.

ULISES: Dímelo.

PENELOPE: A lo largo de todos estos años, ha habido muchas mujeres en tu vida... (*Gesto de ULISES.*) Lo sé. No me interrumpas. Pero, así como en los anteriores episodios, me refiero a los de Circe y Calypso sobre todo...

ULISES: (*Ilusionado.*) ¿Verdad que tú lo crees? (*Dándose cuenta de que su pregunta no es muy correcta.*) Quiero decir: ¿Es qué puedes creer que yo haya sido infiel a una esposa tan fiel como tú?

PENELOPE: Sí, puedo creerlo sin ningún esfuerzo. Es natural. Si mi deber no es más que comprenderte... Tú eres un héroe, Ulises, un orgullo de la humanidad, un símbolo: eso es lo que eres. Formas parte del mundo, como el sol, como el aire. ¿Con qué derecho una pequeña esposa, aunque le sangre el corazón podría retenerte en exclusiva? Tú, que eres un buen amigo del mar, sabes muy bien que no cabe en el hueco de una mano.

ULISES: (*Entusiasmado.*) Cómo has cambiado, Penélope. Es ad-

mirable. Cuánta serenidad de juicio y qué agudeza...

PENELOPE: (*Quitándose importancia.*) Los años, amigo mío; la esperanza, contra toda esperanza; (*¿Ironía?.*) la gratitud por el privilegio de que fueras relativamente mío casi dos años...

ULISES: (*Excusándose.*) En definitiva, realmente... yo.

PENELOPE: Dos años casi enteros. A cambio de ellos, todo lo que...

ULISES: (*Cortando un giro de conversación peligroso.*) Cuánto has cambiado. Recuerdo tus continuas historias: «Ulises estas no son horas de llegar: qué dirá el servicio». «Ulises, tus amigotes son unos groseros: ni siquiera se limpian los pies en el felpudo». «Ulises, la casa está llena de ceniceros, pero nunca se te ocurre apagar en ellos un cigarrillo: no sé si será por mala puntería o simplemente por ganas de chinchar»...

PENELOPE: No me avergüences, querido. Esa era mi forma de ser cariñosa, de estar pendiente de tí. De cumplir mi modesta misión de ama de llaves: yo no soy un símbolo...

ULISES: (*Recordando, ahora con más afecto.*) Ahorradora y perfecta...

PENELOPE: Basta de eso ahora. Me he dado cuenta de lo imbécil que es vivir ahorrando, como si uno fuese a vivir siempre. De lo hermosa y de lo única que es la vida, como para estropearla con menudeces, reproches día a día...

ULISES: Y ahora, según veo, hasta te tiñes el pelo...

PENELOPE: Me salieron... varias canas: se hacía interminable teñirlas de una en una.

ULISES: ... y gastas mucho en vestir...

PENELOPE: A ti siempre te gustó que fuese bien vestida.

ULISES: Me gustaba poder estar orgulloso de ti. Que te vieran elegante y guapa, para luego decir: «Es mía», cogiéndote del brazo. La verdad es que no me dabas a menudo ocasión... (*Sonríen.*)

PENELOPE: Presuntuoso Ulises, me he puesto este trajecito de

nada para venir a verte... por la misma razón que tú te dormiste aquella noche, casi rozando Itaca...

ULISES: (*Sintiéndose el corazón.*) ¿Te importo todavía?

PENELOPE: No hay nada que me importe, sino tú.

ULISES: (*Reacio a pesar de todo.*) De verdad, ¿a qué has venido?

PENELOPE: Estás en un momento decisivo, Ulises. Quizá hayas sido tú quien me ha llamado...

ULISES: Lo dices por... (*Señala la cama.*)

PENELOPE: Sí: por. Las mujeres con quienes has ligado hasta ahora eran reinas, hechiceras, ninfas, diosas. Mujeres, como diría, un poco... literarias. Nausica no es nada de eso: es mucho más terrible. Nausica es joven. Es de carne y hueso. Incluso me atrevería a decir de más carne que hueso... Y tú estás a punto de hacer el ridículo.

ULISES: (*Su gozo en un pozo.*) ¿El ridículo, yo?

PENELOPE: Bueno, disculpa. He exagerado. Estás corriendo un riesgo. Nausica te maneja. Utiliza al triunfador de Troya, al pródigo en astucias, al enemigo personal de algunos dioses, al gran Ulises, para que la haga disfrutar a todas horas...

ULISES: (*Que está de acuerdo.*) Es que Nausica me ama...

PENELOPE: (*Generosa.*) ¿Y quién no te ama, Ulises? Pero lo importante es esto: ¿la amas tú a ella?... Tú, como los inmortales, te amas a tí solo. Ulises ama a Ulises... Y, después de tí, yo soy más Ulises que nadie. Con nadie más que conmigo Ulises puede estar en zapatillas, cómodo y mudo. Porque me has deslumbrado de una vez por todas, no tienes que tomarte el trabajo de deslumbrarme cada día ni estar brillante cada sobremesa... Soy tu cuarto de estar. (*Muy íntima.*) Pasa, cierra la puerta, deja a los demás fuera... Que descansen tus cejas. No las enarques más: aflójalas... (*Como en una sesión de sofrosis.*) Descansa los párpados, la nariz, los labios, tus queridas mejillas... (*ULISES obedece acariciado por la voz y el*

gesto.) Soy tu vieja costumbre: la costumbre añorada, más poderosa que el amor... Relaja los músculos del pecho, de los brazos. Deja caer tus manos... Vas estando un poco harto de narrar tus historias a gentuza, de echarles margaritas a puercas, ¿no es verdad? Relaja tu cintura; tus caderas que saben el nombre de las constelaciones; tus muslos —sobre todo el derecho, el de la cicatriz— tus muslos, mucho más bellos y vigorosos, que los de Patroclo...

ULISES: (*Casi hipnotizado, casi embriagado de elogios.*) ¡Oh! Penélope, mi único amor... (*Se levanta. La estrecha. Va a besarla. Entra, como de la calle, NAUSICIA. Corta y lindamente vestida. Por supuesto, no ve a PENELOPE.*)

NAUSICIA: Pero, ¿qué haces, Ulises? ¿Estás loco? ¿Qué ensayas?

ULISES: («*Excusatio non petita*».) Nada. Si no estoy hablando...

NAUSICIA: Te he oído. Qué aburrimiento, hijo. Ya hasta sólo... Cuando se acabará esta horrible aventura. (*Su tono es desabrido y desinteresado.*)

PENELOPE: (*Por el otro lado de ULISES.*) Dile que por tí está acabada. Aprovecha el momento. ¡Qué niña! ¡Qué modales! Y contigo, que estás tan por encima...

NAUSICIA: Mira, Ulises, (*Juguetea con su bolso.*) hablemos claramente. Aquella ilusión de los primeros días; aquel mirar el mundo reflejado en tus ojos, ha pasado. Lo siento. Yo soy la primera en sentirlo, pero es así. Y no es mía la culpa. No comprendo cómo un hombre, que al principio fue tan... emprendedor, haya acabado por convertirse en esto: un charlatán de feria.

ULISES: (*Que mira a PENELOPE con la esperanza de que no haya oído.*) Yo, Nausica...

PENELOPE: Dile que estás harto. Que se busque otro juguete. Que tú no tienes por qué aguantar sus histerismos y sus saltos de humor... Dale una bofetada... No, no se la des: a esta niña le gusta que le pegues.

NAUSICIA: En los escasos momentos en que te callas y me dejas

pensar, sueño con enamorarme nuevamente... Esos instantes deliciosos en que brota el amor sin saber donde va. Una nueva batalla, una nueva conquista, un no saber qué va a ser de nosotros... Una expectativa distinta, maravillosa siempre, aunque acabe tan mal... Echo en falta esa tensión de todos los principios... (*Se evade ya.*)

PENELOPE: Te está menospreciando, Ulises. Excúsame, pero no puedo presenciar esta escena. (*Desaparece.*)

ULISES: (*A solas con NAUSICIA, intenta una técnica.*) El amor es una serie de expectativas renovadas, de muertes diarias, de resurrecciones. Cada día tú eres otra Nausica y yo, otro Ulises. ¿Por qué no continuar? ¿No te da pereza inaugurar otro universo?

NAUSICIA: Ninguna.

ULISES: (*Acariciándola.*) ¿Se han olvidado tus senos de mis manos? Dí...

NAUSICIA: Estáte quieto, haz el favor. (*Está muy seca.*)

ULISES: (*Besándola.*) ¿Se han olvidado tus labios de los míos? (*NAUSICIA dice algo ininteligible bajo el beso.*) ¿Tu cuerpo no se acuerda de mi peso...?

NAUSICIA: (*Liberándose.*) Sí, se acuerda. Pesadísimo, Ulises. No te creo. Hemos recomenzado mil veces ya. Me has dicho mil veces estas cosas... Tú eres el narrador de las mil y una noches...

ULISES: (*Acercándose, asediándola.*) De las mil y dos noches... De las mil y mil noches...

NAUSICIA: (*Defendiéndose.*) Eso no, Ulises... No... Es mejor que hablemos tranquilamente. Somos civilizados...

ULISES: El amor no tiene nada que ver con la civilización. Precisamente, cuando visité la isla de los lestrigones, salvaje y alejada, pensaba también yo que el amor...

NAUSICIA: Basta, Ulises. Estoy hasta más arriba del moño de tus cuentos. Basta ya de una vez. Sigue hablando tú solo. Cuando hayas terminado, si aún te queda resuello, te esperaré en la cama. Puede que allí nos entendamos. Pero si tardas más de diez minu-



NAUSICA: Pero, ¿qué haces, Ulises? ¿Estas loco? ¿Qué ensayas?

PENELOPE: Dile que por ti está acabada. Aprovecha el momento. ¡Qué niña! ¡Qué modales! Y contigo, que estás tan por encima...

tos, te juro que será inútil que vayas... *(Va hacia el fondo, donde un biombo oculta la cama.)*

ULISES: *(Como para sí.)* Que mala educación... *(Mira alrededor.)* Penélope... Penélope...

PENELOPE: *(Apareciendo.)* Sí, querido. Una educación malísima, verdaderamente. Esta niña se cree que es el ombligo del mundo. Y el ombligo del mundo, como todos sabemos, eres tú. Cuéntame a mí esa maravillosa hazaña de los lestrigones... Soy toda oídos.

ULISES: *(Consolado.)* Después de una semana de navegación, reclamamos en la aldea de Lamos, donde se ve al pastor llamar al pastor. Mis soldados amarraron las naves muy juntas, dentro del puerto. Yo dejé en previsión la mía fuera. Por eso, cuando Antifaces dió la señal de alarma por toda la ciudad y salieron los gigantes

arrojando contra nosotros sus acantilados, se formó un mortal estruendo de naves que crujían y moribundos que gritaban. Mientras se desencadenaba la matanza, yo corté, con la fúlgida espada que pendía de mi celeste muslo, la amarra de mi nave... y zarpé. Todas las otras perecieron.

PENELOPE: *(¿Ironía?)* Ah, qué peligro, Ulises. Los dioses protectores te salvaron. Y tu valor, naturalmente. Enhorabuena para ti y para mí... Pero, querido ¿aún no comprendes que un ser como tú no puede estar a expensas de una cachorra de tigre como ésa? ¿No estás cansado de inventar, vamos... de desperdiciar tus experiencias? Qué tentación la tuya: descansar: inventarte de una vez a Itaca y al amor en familia, ¿no es cierto?

ULISES: *(Confesándose.)* Sí, Penélope. Pero mi sino es éste...

PENELOPE: ¿Y no sería mejor que ese epílogo feliz lo vivieras en lugar de inventarlo? Sal de Feacia, Ulises. Embárcate por última vez. Te espera en tu isla tu patrimonio, acrecentado por el fiel Telémaco, tu paz, tu esposa, tu bienestar, tus sabrosas comidas...

ULISES: *(Debatiéndose.)* En Feacia está mi último amor, Penélope. Entiéndelo: los dioses lo han puesto en mi camino como esa bebida fuerte que se ofrece a los que van a ser ejecutados...

PENELOPE: *(Seria.)* Si llamas ejecución a la vuelta al hogar, haz lo que quieras. Yo debo retirarme. *(Finge una salida.)*

ULISES: Aún no, Penélope. No me dejes. Tú me comprendes. Tú me admiras. Tú me amas seria y pacíficamente... Nausica es como una flor enloquecida.

PENELOPE: Tiene mucho más de

enloquecida que de flor, desde luego...

ULISES: Es lo pasajero, la pasión, el sorbo embriagador. Hace el amor como el mar hace la tempestad. Necesita el relámpago, como el trueno para que se le sienta venir. Es tornadiza y un poco torpe, pero tan tensa, tan ardiente, tan mía a pesar de todo...

PENELOPE: Sí, sobre todo tan tuya. *(Mira su reloj.)* Ya han pasado los diez minutos. Mira. *(Descorre el biombo. En la cama se besan NAUSICAS y EURIALO.)*

EURIALO: ¿Ya no amas a Ulises?

NAUSICAS: No me hables de él. Ni de nada. Bésame y calla. *(Se besan.)* Se ha convertido en un viejo inofensivo que apenas hace otra cosa que comer y dormir... Y choshear. Antes no hacía el amor sin contarme previamente una historia. Pero te juro que ahora se contenta tan sólo con la historia... *(Ríen, se besan. PENELOPE corre el biombo.)*

ULISES: *(Con la cabeza baja.)* Me humilla que tú hayas presenciado esta derrota...

PENELOPE: Pero, Ulises, cuantas veces tendré que decirte que conmigo estás cumplido. Mala esposa sería si las malas palabras de una mala aprendiz de furcia empañaran mi opinión sobre tí. Vamos, mi vida. Abandónala en brazos del primero que llegue. Vuelve a Itaca, Ulises. ¿Por qué correr ya más?

ULISES: Ah, si fuera posible. Pero con qué medios, con qué nave, con qué dinero cuento.

PENELOPE: *(Tentadora.)* ¿Acaso esa coqueta ha agotado las astucias de Ulises? Ve a la playa ahora mismo. Túmbate. Espera que amanezca. Te encontrarán allí. Te llevarán al Rey Alkino. Cuéntale tu odisea bien contada... No ha existido la aventura con su hija, acabas de llegar, ibas de viaje... El te dará una nave, regalos, honra, todo. Tu venganza será doble: el padre de la niña desdeñada te pagará el camino que te aleja de ella...

ULISES: Me dejas frío, Penélope. ¿Cómo no se me había ocurrido semejante añagaza?

PENELOPE: Se te había ocurrido, amor mío... Se te había ocurrido a ti. Yo no soy más que un reflejo de tu ingenio.

ULISES: *(Feliz.)* Es verdad.

PENELOPE: Y al llegar a Itaca, me encontrarás a mí más bella, más dócil, más complaciente... Como tú me deseas. ¿Vamos?

ULISES: Vamos. *(Al salir, mira ULISES a NAUSICAS. PENELOPE pone su mano ante esa mirada, antes de desaparecer.)* Al encuentro de la nueva Penélope. Ojalá los altos dioses me permitan llegar. *(Sale mientras cae el*

TELON.)

SEGUNDA PARTE

(Entra EURIMENA con una carta en la mano. No lleva propiamente uniforme, sino un traje negro con algún vivo blanco. Al oír, sale del dormitorio PENELOPE. Es completamente distinta a la del acto anterior, su pelo es oscuro, recogido puritanamente, su traje sencillo, de casa. Por lo general, tiene un aire distante y altanero.)

PENELOPE: *(Impaciente.)* Cuánto has tardado. ¿Están de acuerdo los pretendientes con la prueba?

EURIMENA: *(Gozando en demorar la respuesta.)* El extranjero a quien te negaste a recibir ayer y esta mañana me ha dado una carta... *(Se la da.)*

PENELOPE: *(Sin importarle.)* ¡Qué insistencia! *(Más impaciente.)* ¿Están de acuerdo? ¡Dí!

EURIMENA: *(Lo mismo.)* Que es muy urgente, dice.

PENELOPE: Pero, ¿están de acuerdo los pretendientes: sí o no?

EURIMENA: ¡Qué prisas! *(Ríe.)* Sí, están de acuerdo... *(Pone algo de orden en la habitación.)* Cuando Agelao leyó en tu nombre la proclama de que te casarías con aquel que tendiera el arco de Ulises, se echaron a reír. Preguntaban cuál

sería la segunda prueba. Todos están seguros de tenderlo...

PENELOPE: *(Mientras abre la carta.)* Qué poco conocían a Ulises esos hombres. *(Leyendo sin mucho interés.)* «Señora: he venido a Itaca por orden de su esposo». *(Las dos mujeres se miran. Tensión.)*

EURIMENA: Sigue...

PENELOPE: *(Lee.)* «Antes de que comience el pugilato de los pretendientes conviene que sepa que el matrimonio de usted con el vencedor será completamente válido: Ulises ha muerto».

EURIMENA: *(Da un grito.)* Qué dolor... ¡El amo! ¡El amo ha muerto! *(Va hacia la salida gritando.)*

PENELOPE: *(Interponiéndose.)* No alborotes, idiota. Calla y cierra esa puerta. Nadie debe saberlo... *(Sigue leyendo.)* «De camino hacia Itaca nos lo arrebató la gloria. Como prueba de afecto me encargó que le trajera su alianza, para que usted pudiera llevarla hasta el fin de sus días muy cerca de la que él le ofrendó el día de sus bodas. Dentro del sobre va. Reciba mi dolorido pésame por la muerte de un héroe que no era de usted solo. Etón de Creta». *(Ha habido un temblor en su barbilla, en su voz.)*

EURIMENA: ¿Lo llamo?

PENELOPE: ¡No!

EURIMENA: ¿Por qué? *(Pausita tensa.)* ¿Por qué?

PENELOPE: Para mí ese capítulo de Ulises se había terminado hace ya mucho... *(Si siente algo lo oculta. Se pone la alianza en el dedo. La saca. La deja en un arca.)* En mi joyero estará más protegida que en mi mano... Prepara mis maletas.

EURIMENA: *(Un llantito.)* ¡Qué corazón de piedra! *(Va hacia el dormitorio.)*

PENELOPE: Si lo hubiera tenido menos duro, hubiese estallado hace ya tiempo... *(A EURIMENA, dentro.)* La única forma de que no quedara Ulises como un cochero era pensar que se había muerto, ¿no? ¿No lo pensamos todos? ¡Dí! Pues entonces... Además, está ya atardeciendo y esta noche otro hombre, con todos los derechos,

entrará en esa cama. No está bien que lo reciba con los ojos enrojecidos de llorar por otro... (*Llanto de EURIMENA.*) Prepara mis maletas. ¿Es qué no me oyes? He de viajar mañana... ¿por qué lloras, imbécil? Agua pasada no mueve molino.

EURIMENA: (*Saca una maleta y algunos trajes. Irá sacando de dentro otros.*) Por ti. Lloro por ti, por mí, por todos estos años.

PENELOPE: Y porque estás borracha.

EURIMENA: No he bebido. Hace un mes que no bebo...

PENELOPE: (*De un bolsillo o faltriquera le saca una whiskera sin licor.*) Y eso, ¿qué es?

EURIMENA: Un frasco vacío. Como tu vida, Penélope. Como la mía. Como la vida de todo el mundo en esta casa.

PENELOPE: Mi vida. (*Comienza la serie de razonamientos a que la lleva la noticia de la muerte de ULISES.*) Vivir es inevitable, Eurimena: basta dejarse llevar. Pero dejar de vivir es un arte. A nuestra edad, deberíamos aprenderlo... ¡Qué fácil es vivir! Se toma la botella, se destapa, se bebe... (*Tiene la whiskera en la mano.*) Uno se siente un poco mareado, se habla sin ton ni son, se deja caer el vaso... Luego nos entra el sueño. Al despertar, estamos solos. Todos se han ido... Los compañeros de juerga, ¿dónde fueron? Nos queda únicamente una botella: vacía, silenciosa, ajena ya... Para otras manos que la llenarán, para otra boca que volverá a apurarla cuando nosotros estamos ya en otro sitio para siempre... ¿Por qué lloras imbécil? ¿Acaso no sabías que vivir era eso?

EURIMENA: ¿Pongo este traje verde en la maleta?

PENELOPE: (*Tomándole.*) Con este traje le gusté una noche. Una de las últimas...

EURIMENA: ¿A quién?

PENELOPE: ¿A quién va a ser? (*Despacio.*) A Ulises.

EURIMENA: (*Con mala intención.*) ¡Ha habido después tantos...!

PENELOPE: Por eso. Es como si no hubiera habido ninguno... (*Re-*

cordando.) Era para una fiesta. Cuando me vió bajar con él, me miró muy despacio. Se le pusieron los ojos también verdes de mirarme. Me dijo: «¿Y si no fuéramos?» Subimos muy juntos la escalera... Al llegar aquí casi me había desnudado ya. Me saltó dos botones... No lo pongas: no está de moda y es demasiado juvenil. Llevaré sólo los trajes más oscuros.

EURIMENA: Salir tú viva de esta casa... ¿Quién te lo iba a decir? Irte a vivir a casa de otro hombre...

PENELOPE: (*Seca.*) Exageras: a vivir, no... (*La endulza su recuerdo.*) Durante una cacería un jabalí le hirió en el muslo derecho... Le llevaron a casa de mis padres en unas parihuelas. Teníamos veinte años...

EURIMENA: (*Enseñándosele.*) ¿Quieres llevarte el chal dorado?

PENELOPE: Me miró como si no hubiera mirado antes cosa alguna: como un ciego que empieza a ver de pronto. Yo me dí cuenta de que me moriría si él me dejaba de mirar... ¡Mentira! Sí, ponlo.

EURIMENA: (*Con mala intención.*) Agua pasada no mueve molino. ¿Por qué te acuerdas de eso ahora?

PENELOPE: Porque estoy despidiéndome. Porque estoy diciéndoles adiós a Ulises y a Penélope. Mal o bien hasta ahora he sido una; desde ahora seré otra. Una mujer es diferente según el hombre que la mira. Cambiamos según el hombre que nos abraza, que nos muerde la boca, que nos hace los hijos...

EURIMENA: (*Mala.*) ¿Y por qué no te acuerdas de las peleas nada más casaros, hija mía? De vuestro sinvivir, de vuestros días llenos de gruñidos, de tus cominerías... De cuando volvía cansado y se dormía nada más cenar encima de la mesa y a tí te llevaban los demonios. De cuando le daba por inventar historias que te aburrían soberanamente... De que, antes de dos años, se fue a la guerra y «adiós que si te he visto no me acuerdo».

PENELOPE: También me acuerdo de eso. Y, aunque te parezca mentira, esta noche también lo echo de menos...

EURIMENA: ¡Qué complicada eres!

PENELOPE: Sí. *No soy una mesa.* No soy una cortina... Soy lo que he llegado a ser: una historia. Tengo mis cicatrices y las quiero.

EURIMENA: Pues bien que has intentado borrarlas. No bajan de cincuenta los pretendientes que han subido a esta alcoba...

PENELOPE: (*Sin enojo.*) ¿Y para qué han subido? Para demostrarme que no se había acabado el mundo. Que había otras bocas, otras piernas, otras palabras al lado de mi oreja... En efecto: no se acababa el mundo. Pero, de alguna forma, yo sí me había acabado... Quizá hoy siento más mis cicatrices, como en esas vísperas de lluvia. Las infidelidades lo son porque hay alguien a quien serle fiel, aunque no lo seamos. A Ulises pude ponerle los cuernos y engañarle. A mí no me engañaba... A partir de hoy, casada, ya podré engañar a Ulises ni serle fiel. Ulises ya no cuenta. No debo ya esperar... Por eso —sólo por eso, no porque se haya muerto— es hoy un día terrible... No tengo veinte años, pero debo mentirme como si los tuviera. Debo cerrar los ojos. Hacerme otra ilusión. Y no es fácil, te lo juro: no es fácil.

EURIMENA: Qué complicada eres... (*Intentando distraerla.*) Levanta ese ánimo... Cuando mi segundo marido se ahogó en un lavabo...

PENELOPE: (*Sonriendo, a su pesar.*) ¿Cómo, en un lavabo?

EURIMENA: No lo sé. Era tan tozudo que ni siquiera muerto quiso decirme cómo... (*Ríe PENELOPE.*) Así, riete... Cuando se ahogó, se terminó la vida para mí. De día era inaguantable, pero de noche... Un hombre de cama, tú me entiendes. Dos meses lo lloré sin parar. Luego, un día, de pronto, me dije: «parece que hoy hace otra vez calor». Y a las cuatro semanas tenía otro marido... ¿Qué le vamos a hacer?

PENELOPE: Anda, asómate y dime si ha empezado la prueba.

EURIMENA: Por orden de edad iban: los jóvenes primero... El último, Anfinomo: qué atrevimiento el suyo querer casarse con

cerca de ochenta años... Bien empleado le estará el cachondeo que van a organizarle.

PENELOPE: (*Empujándola hasta hacerla salir.*) Vamos vete... Vete... Los dioses, a menudo, se equivocan. Y es preciso corregir sus imprudencias. De todas formas, cuánto trabajo cuesta someterlos a un yugo... A primera vista, puedo parecer dura. Sin embargo siento muchísimo que Ulises ya no viva. Con toda mi alma lo siento... Me hubiera gustado decirle lo que he pensado de él en estos veinte años... Es una pena que se haya muerto sin saberlo... (*Vengativa.*) Por otra parte, casarme en vida de Ulises me hubiera ilusionado... Siempre fué inoportuno.

EURIMENA: (*Entrando en tromba.*) El disloque, señora. La caraba. Llena de asombro vengo. Más de la mitad de tus pretendientes ya han sido eliminados: ninguno ha podido manejar el arco... (*Llantito malintencionado.*) Era mucho hombre Ulises... (*Observando a PENELOPE.*) Ni Otesipo, ni Filecio, ni Eurímaco... Nadie... Con lo

guapos que eran y lo bien que lo «pasábamos» con ellos... (*PENELOPE está impertérrita.*) Van quedando sólo los mayorcitos... A este paso no hay boda. ¿No te asustas?

PENELOPE: (*Sonriendo.*) Y el viejo Anfinomo, ¿qué hace?

EURIMENA: ¡Ah, ése!... Toma una copa y se sonríe. ¿Qué más le dá? Ha mandado a su chófer que le haga el equipaje. (*Se ríe.*) Pienso que va a retirarse... Que ha de poder el pobre ni sostener el arco. Bastante hace con sostenerse los calzones... (*Carcajadas.*)

PENELOPE: Calla, no tengas que pedirle perdón... (*Más carcajadas.*)

EURIMENA: ¿Perdón? No hay un hombre en el mundo que pueda tender el arco de mi amo... Ay, no me extraña que estés tan afectada. (*Con ironía.*)

PENELOPE: Ni tender su arco... ni casarse con su mujer, ¿eso quieres decir? Pues vas lista. Tienes la misma desdichada costumbre de tu amo: hablar de más...

EURIMENA: Se me olvidaba... Al

bajar me he encontrado muerto a Argos, su perro preferido...

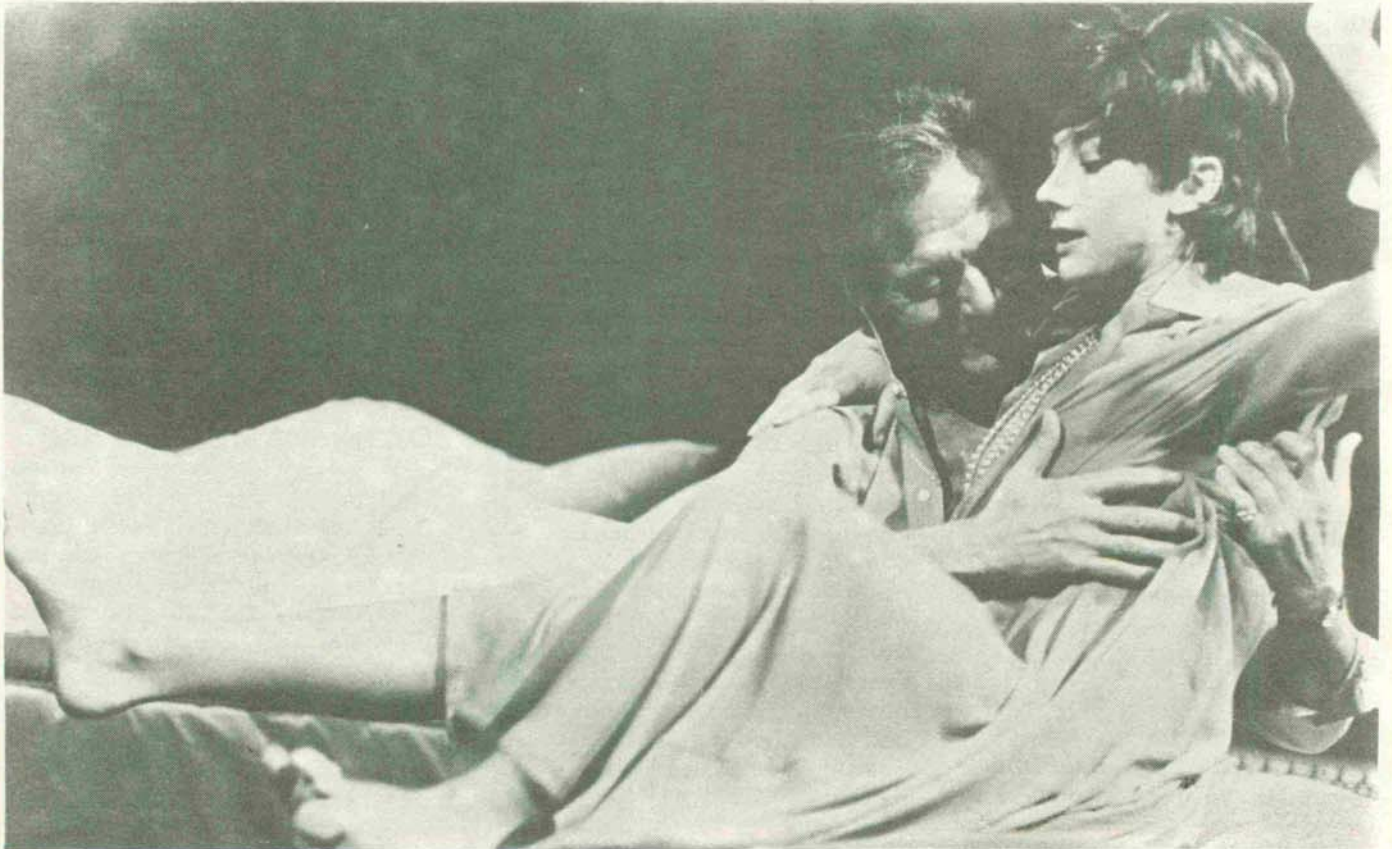
PENELOPE: (*Impresionada.*) ¿También Argos hoy? (*Reaccionando.*) Ya era hora. Llevaba veintitrés años en casa y veinte echado junto a la chimenea. Nunca ví un perro que viviera tanto... Si podía llamarse vivir a eso que hacía...

EURIMENA: ¡Pobrecillo! (*Exagerando, para molestar.*) De esta casa quizá fuese él lo único fiel a Ulises... (*PENELOPE le tira alguna ropa que tiene en la mano.*) ¡Perdona, hija! ¡Qué humor! Pero es verdad: desde que se fué, nunca más quiso volver de caza, ni mirar una perra. Estaba con el hocico entre las patas como una recién viuda... Bueno, como algunas, porque hay otras que ya, ya...

PENELOPE: (*En sí misma.*) Cada vez quedan aquí menos cosas de Ulises. En la almoneda de hoy, Argos ha sido adjudicado a la muerte...

EURIMENA: Veremos a quién eres adjudicada tú.

PENELOPE: ¿Crees que yo iba a



ULISES: ¿Se han olvidado tus senos de mis manos? Di...

NAUSICA: Estáte quieto, haz el favor... Me has dicho mil veces estas cosas... Tú eres el narrador de las mil y una noches...

consentir ser objeto de un sorteo? Ni que fuera un jamón... ¿Depender de unos músculos, de una casualidad? ¡Qué idiota eres! El resultado de esta prueba estaba decidido de antemano.

EURIMENA: ¿Cómo? ¿Por quién?

PENELOPE: Por mí.

EURIMENA: ¿Qué es lo que has hecho?

PENELOPE: Si el arco de Ulises no ha conseguido manejarlo nadie, ni antes ni ahora, es porque hay un secreto... En uno de esos extremos, el zorro de mi marido puso un seguro. Un pequeño artefacto casi invisible pero que, cerrado, impide el movimiento de la cuerda.

EURIMENA: (Riendo.) ¡Qué lista! ¡Qué listísima! Así todos los pretendiente se irán por donde han venido con las manos vacías...

PENELOPE: No, todos, no. Todos menos uno. A uno yo lo he advertido para que, disimuladamente, oprima el resorte... De esa manera, he conseguido por una argucia de Ulises, elegir mi segundo marido...

EURIMENA: ¿A quién?

PENELOPE: A Anfinomo.

EURIMENA: ¿A ese anciano? Si es más viejo que yo... si le tiemblan las piernas y el único pie que no tiene en la tumba es el bastón... ¡Anfinomo!

PENELOPE: Un hombre que no nos gusta, cuanto más viejo, mejor.

EURIMENA: Si está incapaz... Pero, ¿por qué?, ¿por qué?

PENELOPE: Su oferta era la más alta de todas. En esta especie de subasta, su postura ha sido la mejor. No pretenderías que la segunda vez me casara también por amor, ¿verdad? Me ha ido muy mal en la primera... He procurado, con la boda, resolver bien mi porvenir. Y el tuyo, no te quejes...

EURIMENA: ¡Qué horror! Un viejo jorobeta y gargajoso...

PENELOPE: Dentro de un momento por esta puerta entrará el viejo Anfinomo. Me dirá: «Ya eres mía» y yo le diré: «Sí»... Prepara la cama. Los viejos siempre tienen prisa por hacer estas cosas: como

no están seguros de llegar a mañana... Pon el juego de cama de mi primera boda... Esta noche no habrá sangre. Seguramente ni siquiera habrá «juego» de cama...

EURIMENA: Tú te lo has buscado. No te hagas la importante. A todas las mujeres les pasa esto de quedarse viudas y volverse a casar.

PENELOPE: A todas, no.

EURIMENA: A la mayor parte: los hombres duran menos. (Ha ido hacia el dormitorio. Comienza a hacer la cama.) ¡Señor! ¡Qué disparate!

PENELOPE: (Recordando.) Entre esas sábanas, cuando Ulisesladeó la cabeza para besarme, ví que había amanecido... Le sudaba la frente. Tenía sobre el labio una gota de sangre: le debí morder yo sin darme cuenta...

EURIMENA: Sí, sí. Lo que es sin darte cuenta... Menuda nochecita...

PENELOPE: Yo pensaba: «Y así toda la vida»...

EURIMENA: (Mientras tiende las sábanas.) ¡Qué ingenuidad! No hay hombre que resista. Te lo digo yo, que supe mucho de eso...

PENELOPE: (Ayudándola con el embozo en las manos.) Ese desgarrón del encaje se lo hizo Ulises al apartar la sábana. Fue antes de que... Yo tenía miedo. Y pudor... No lo sé: no quería destaparme. El tiró. Era tan violento... Al romperse, crujió el encaje como si dentro de la habitación se hubiese despertado una paloma. Yo pensé: «Qué lastima». Luego, ya no pensé...

EURIMENA: (Curiosa, cama por medio.) ¿Cómo era Ulises? Quiero decir que cómo era... en estos casos...

PENELOPE: Brillaba... A veces, yo entreabría los ojos para verlo besarme. El tenía los suyos cerrados, con las cejas fruncidas, como un niño que se concentra para repetir una lección de memoria... Aún no me explico cómo, poco a poco, nos fuimos separando... Telémaco, quizá: un niño une a sus padres, pero de otra manera.

EURIMENA: Cárgale el mochuelo al niño... Ni tú fuiste sim-

pática, ni quisiste entender a tu marido. El era un loco y tú demasiado sensata. Doña Perfecta te llamaba... «¿cómo está hoy de humor doña Perfecta?», me decía: qué ángel... Y tus manías de orden y tu afán de demostrarle que lo que te decía era mentira... Una mujer debe creerse todo: ¿qué más da una mentira más o menos? Cuando nos mienten es que nos quieren todavía. Después, ya, ni se toman el trabajo... Las mentiras más grandes son las que no se dicen...

PENELOPE: (Irritada.) Calla, rabisalsera, que me estás mareando. Sabelotodo. Vieja cotorra... Lo bueno es curar al enfermo: no decir, después, de qué se ha muerto.

EURIMENA: Ya está hecha la cama, dominante... lo que pase en ella de ahora en adelante es cosa tuya... (Sale hacia la puerta, murmurando.) Al diablo se le ocurre entregarse a semejante vejistorio. (Se asoma fuera, unos segundos, mientras PENELOPE entra en el dormitorio, quitándose el traje y diciendo.)

PENELOPE: Ayúdame a cambiarme. (Deja sobre la cama una camisa de dormir, discreta y seria.)

EURIMENA: (Volviendo.) Ya sólo queda el viejo y unos cuantos testigos... Hasta ponerse en pie le ha costado trabajo. (Ayuda a PENELOPE.)

PENELOPE: En su noche de bodas, las vírgenes sienten un temblor en la cintura... Les parece que sus piernas ya no son suyas, que sus labios no son sus labios ya: y van a dejar de serlo... Se encuentran poseídas antes de que las posean. Y se preguntan qué pasará después, qué deberán hacer: agradecer, dormir, mirar al techo con los ojos húmedos... El amor les pone pesadas todas las coyunturas... Nunca pensé que el asco pudiera producir el mismo efecto que el amor...

EURIMENA: Pero, bueno: lo que quisiera yo saber es por qué te casas.

PENELOPE: Tú crees que lo sabes todo y eres una pobre tonta. El papel de mujer de rey es ya difícil, pero lo es más aún el de madre de un muchacho que quiere ser rey... (Se mira al gran

espejo.) Estoy peinada, limpia, hastiada, sin pintar, decepcionada... ¿qué me falta entonces para empezar una noche de amor?

EURIMENA: *(Largándole un deshabillé, elegante, pero severo.)* Esto te falta. *(Mientras se lo pone se acerca al tocador y maniobra vagamente.)*

PENELOPE: Cumplamos bien nuestro oficio hasta el final... *(Acercándose.)* ¿No te quedaría un poco de esa porquería que sueles beber?

EURIMENA: *(Le alargó otra whiskera.)* Toma. No la llevo por mí, como comprenderás... Pero pensé que lo necesitarías... *(Mientras bebe PENELOPE, se oyen unos pasos en la escalera.)* Ya sube. ¡Ay, qué espanto! ¿Lo oyes?

PENELOPE: Sí. Ya sube... *(Cierra los ojos.)* Abrele...

EURIMENA: *(Bebe un poquito antes. Abre. En la puerta, ULISES, con el gran arco en la mano.)* El tensó el arco... Etón, el de la carta... *(Se vuelve a PENELOPE.)* Anfinomo no pudo. Ya lo sabía yo... *(Sale. Después de una larga mirada, quiere seguirla PENELOPE. ULISES se interpone.)*

ULISES: Abajo ya no queda ni un solo pretendiente.

EURIMENA: *(Apareciendo.)* Es verdad, Penélope. Es verdad.

ULISES: *(Sin mirarla.)* Fuera de aquí.

EURIMENA: *(Dócil.)* Este novio es mejor... Feliz noche de bodas. *(Sale.)*

ULISES: *(Con una ironía dominadora, que abandonará muy poco en esta escena, sustituida por un asomo de enojada grandeza.)* ¿Es usted la dulce Penélope?

PENELOPE: ¿Eso lo dijo Ulises de mí: la «dulce» Penélope?

ULISES: Dulce, callada y obediente.

PENELOPE: Basta. Explique usted por qué está aquí. ¿Qué ha sucedido?

ULISES: Anfinomo no pudo descorrer el seguro del arco. Veinte años sin usar oxidan mucho. Agarrotan muchas cosas: un matrimonio, por ejemplo. O el seguro de un arma... No es que yo sea más fuerte que los otros. Por eso debí

ser más precavido. *(Muestra una ampolla de cristal.)* Traje un poco de aceite. Unas gotas bastaron...

PENELOPE: ¿Quién le había dicho...?

ULISES: Ulises. Se figuraba que, un día u otro, esto sucedería. No confiaba en usted.

PENELOPE: ¿Y le dijo el secreto? La jugarreta póstuma... ¿En usted sí confiaba...?

ULISES: Más o menos. Pasamos juntos tantas peripecias...

PENELOPE: ¿Y quiso que yo fuese su mujer? Me dejó a usted en herencia como se deja un coche o una vaca, ¿no es eso?

ULISES: ¡Qué va! ¿No le dije que él era amigo mío?

PENELOPE: Muy amable.

ULISES: Los recuerdos que tenía de usted eran más bien desfavorables... El sólo quería que yo echase de aquí a los pretendientes que estaban arruinándola...

PENELOPE: No comprendo.

ULISES: Es sencillo: usted se iba a casar por concluir de una vez con este asunto y dar paso a su hijo, ¿no es así? Pues ya está concluido... Hasta después de muerto Ulises ha triunfado.

PENELOPE: Qué sencillo, ¿verdad? Y usted, qué generoso. Y Ulises, qué profético y qué tierno. Y yo, qué agradecida...

ULISES: En efecto, en efecto.

PENELOPE: Pues escúcheme usted y que me escuche desde el infierno Ulises. Al principio, mis pretendientes quisieron proclamar una república que gobernara el reino, con el pretexto de esperar a Ulises mientras crecía Telémaco. Yo sabía que eso era perderlo todo: en política no se vuelve hacia atrás. Fomenté la ambición de cada uno. A cada uno, por separado, le prometí ser suya y que él sería el rey único...

ULISES: ¿En la cama?

PENELOPE: ¿Qué dice?

ULISES: Que si le prometió eso en la cama a cada uno.

PENELOPE: En donde fuera. ¿Qué le importa a usted?

ULISES: Lo decía por la memoria de Ulises...

PENELOPE: La memoria de Ulises era bastante mala: en veinte años no se acordó de mí... *(Continúa en el tono de antes.)* Al ser mayor de edad, Telémaco quiso coronarse. Para expulsar a tantos ambiciosos no encontró más que un medio: que yo eligiera uno, me casara... y me fuera. Los pretendientes le exigieron previamente las pruebas de la muerte de Ulises... Yo me enteré de lo que en realidad tramaban.

ULISES: ¿Se enteró usted en la cama?

PENELOPE: *(Pasando por alto la pregunta.)* Matar a mi hijo en altamar. Supe el lugar de la emboscada y se lo dije para que lo evitara. Mañana estará aquí de nuevo, sano y salvo.

ULISES: Muy maternal, pero si Ulises no hubiera muerto, ¿qué?

PENELOPE: A Telémaco le daría eso igual. Traerá las pruebas de su muerte.

ULISES: ¿Falsas? *(Más atento de lo que parece.)*

PENELOPE: Si fuese necesario, sí. Lo que él quiere es reinar. Antes de que regrese, yo debo haberme ido: esas fueron sus órdenes. Mi nuevo esposo estorbaría sus planes.

ULISES: Ulises no me habló de un Telémaco así.

PENELOPE: Siempre fue un embustero. Si nunca quiso conocerme a mí, ¿cómo iba a conocer a un hijo que dejó de dos años? A Ulises, mientras estuvo en Itaca, le importó sólo Ulises. Su hijo y yo éramos el lastre de su barco. *(Mordaz.)* El estaba varado por nosotros. ¡Necesitaba el mar!

ULISES: Necesitaba vivir, señora, vivir.

PENELOPE: Todos necesitamos vivir, ¡qué tontería!

ULISES: El, más. El no se conformaba con beberse la vida a pequeños sorbos. Su alma no era la de un oficinista. El tiempo que corría se le clavaba como en un acerrico. En una isla, él no podía vivir: fue demasiado grandé.

PENELOPE: Literatura. ¿Para qué tanto vivir si nos vamos a morir de todas formas? Debió dedicarse a escribir novelas: mejor le

hubiera ido. Así no hubiese precisado vivirlas... Porque cuando me casé yo, no me casé para vivir novelas.

ULISES: ¿Para qué se casó?

PENELOPE: Para tener un hombre y unos hijos de ese hombre. Uno solo me dio tiempo a tener. Luego cogió el portante.

ULISES: ¿Y se ha preguntado usted por qué lo cogió?

PENELOPE: Sí. Y me he contestado... Ulises era la pura desazón. Nunca supe lo que quería. Resultaba desconcertante a fuerza de estar desconcertado... (*Pone cierto cariño.*) En cuanto me marcó el anca con su hierro, se hartó de mí... Por eso se fue Ulises.

ULISES: (*Ante ese cariño.*) Se fue por defender el amor de Menelao, que era el honor de Grecia.

PENELOPE: (*Contundente.*) Ya está bien de mitomanías. Si la guerra de Troya se hizo fue porque competir con Troya era ruinoso: fabricaba más que toda Grecia junta. Inundaba con sus productos los mercados y acogotaba nuestra economía. El «made in Troya» era una bofetada cada vez que nos poníamos un traje, descorchábamos una botella o abríamos una caja... Nada más. Mi marido me abandonó sin saber ni por qué me abandonaba.

ULISES: (*Ante esa contundencia.*) Sí lo supo. El también se casó por tener una mujer y unos hijos con ella. Pero cuando esa mujer lo tuvo bien seguro se transformó en un censo, en un jefe de administración, en un sargento de caballería.

PENELOPE: Usted me insulta.

ULISES: La defino, señora, de acuerdo con mis datos... Usted agotó la infinita paciencia de Ulises, el amor de Ulises. Porque el amor se agota. A fuerza de impertinencias, de menudas protestas, de caras largas, de amor propio, de celos intempestivos... el amor se agota. Al que ama muy pocas veces se le pide dar la vida, por su amor, de repente. Tiene que darla día a día, gota a gota, renunciando, negándose. Es un sacrificio menos lucido acaso, pero mucho más útil.

PENELOPE: ¿Por qué no lo hizo Ulises?

ULISES: Usted le echó de Itaca. Usted está convencida de que Penélope fue todo en esta casa. Que lo era todo para Ulises: madre, amante, hermana, cocinera, cuerpo de casa, todo. Sólo le faltó de verdad, ser una cosa: la que más importaba: compañera.

PENELOPE: ¿Qué quería? ¿Que me fuese a correr aventuras con él? ¿A poner una agencia de viajes como él?

ULISES: Si usted hubiese sido compañera no le hubiera tentado la aventura.

PENELOPE: ¡Falso! El echaba de menos su vida de soltero, sus amigos...

ULISES: Sus compañeros.

PENELOPE: ... cayera quien cayera. Yo era una intrusa que cuidaba la casa y a quien, de vez en cuando, se besaba sin saber bien por qué, antes de ponerse a roncar. (*La discusión se agría.*)

ULISES: Ulises no roncaba.

PENELOPE: Pues claro que roncaba. Y otras cosas peores. ¿Quiénes habéis creído todos que era Ulises?

ULISES: El símbolo del hombre: eterno insatisfecho, viajero, curioso, razonador, dominador de la naturaleza, contrincante mañoso del destino, desobediente a los dioses malignos...

PENELOPE: Por favor reduzcamos la conversación a límites caseros. La dialéctica no me impresiona ya: fui la mujer de Ulises...

ULISES: Fue, es y será un héroe.

PENELOPE: Nuestro tiempo es trivial, amigo mío: no hay héroes ni dioses. Nadie es imprescindible.

ULISES: Al parecer, en esta casa, Ulises... Pero debió usted ampliar sus paredes: la grandeza de Ulises no cabía en esta habitación.

PENELOPE: ¡Su grandeza! Un hijo único, consentido y soberbio. Con una madre que sólo veía por sus ojos y un padre que hemos tenido que recluir, loco, en una casa de campo... ¿Y quién ha sacado adelante todo este maremagnum? ¿La grandeza de Ulises? ¡Yo! Yo,

Penélope. La antipática, la insoportable, la gruñona Penélope.

ULISES: (*Guasón.*) De esos arrebatos ya me habló su marido. De esa pasión por hacerse la víctima. De ese querer tener siempre razón.

PENELOPE: Desgraciadamente la tengo. A veces me gustaría equivocarme. Debe ser agradable equivocarse un día...

ULISES: (*Irónico.*) Ese día no está lejos... Al morir, él me dijo: «Quizá ella ha cambiado con los años».

PENELOPE: (*Fuerte.*) ¿Para qué iba a cambiar? ¿Por quién? ¿Quién me habría tenido el menor respeto si yo hubiera cambiado? He tenido demasiados trabajos en mi vida... Un marido engreído que al final me abandona...

ULISES: Usted se lo buscó.

PENELOPE: (*Sin oírle.*) ... unos suegros imbéciles, un pueblo papanatas y, por si fuera poco, un hijo que se siente importante. Demasiados trabajos. No me dio tiempo a reír y ser amable.

ULISES: (*Susurrando.*) Doña Perfecta.

PENELOPE: Sí. Doña Perfecta... Cuidar la casa, vigilar el servicio, revisar las cuentas, dar de comer a mi hijo, defenderme de toda esa gentuza... y recibir además con palmas y con ramos a mi maridito, que volvía de madrugada oliendo a vino agrio y erupcionando igual que un carretero.

ULISES: (*En voz baja, un poco humillado.*) Ulises no erupcionaba.

PENELOPE: (*Sin oírlo.*) Pero, ¿quién piensa en eso? Nadie. Sólo se piensa en la gloria de Ulises. Las penas no interesan... Penélope es un ogro.

ULISES: (*Como último argumento.*) Toda esa santidad se hubiese mejorado con más delicadeza, con ternura...

PENELOPE: A mí me pueden obligar a ser ajusticiada, pero que no me obliguen encima a sonreír... Nadie está obligado a la sonrisa.

ULISES: Ni al amor, por lo visto.

PENELOPE: Ni al amor: cuando se cansó Ulises se largó por las buenas. (*Más bajo.*) Ni al amor, por lo visto... Yo lo amaba.

ULISES: A su manera.

PENELOPE: Como se ama siempre: cada cual tiene un modo.

ULISES: Dos días llevo en esta casa y usted no me ha llamado para saber noticias de su esposo.

PENELOPE: Después de veinte años tenía derecho a algo más que noticias. (*Más humana.*) Cuando, según usted, le hacía la vida imposible, sabía que le estaba haciendo imposible la vida a la persona que más quería en el mundo. Cuando reñía con él era porque me importaba más que nadie: no se intenta mejorar a quien no nos importa. Cuando me peleaba a muerte con él, no peligraba mi sentido del matrimonio: (*Una suave sonrisa.*) peligraba su vida, en todo caso. No lo entendió y se fue.

ULISES: Hay amores que matan, Penélope. (*Una posibilidad de acercamiento.*) Si el amor no es una ventana abierta por donde entren la luz y la alegría, no es nada. Si el amor no nos sirve para vivir, no es nada. Si, en lugar de endulzarnos las penas que ya nos da la vida, nos la amarga, no es nada: peor que nada. Si, por amor, nos dedicamos a destrozarnos a una persona, a devorarla, no estamos en situación de exigirle que siga a nuestro lado... Ulises se fue. No pudo emplear una defensa menos perjudicial...

PENELOPE: (*Haciendo saltar esa posibilidad.*) ¿Menos perjudicial? Y por seguir hasta en la otra vida con su estúpida astucia, me pone en este trance de casarme con un desconocido, que no tiene ni dónde caerse muerto...

ULISES: (*Se ha replegado en su ironía.*) No es mi intención caerme muerto, señora. De momento.

PENELOPE: No me importa cuál sea su intención. La mía está bien clara: no pienso casarme con usted. No me encuentro obligada. Su nombre no estaba en la lista de los pretendientes. Es inútil que insista...

ULISES: Si no estoy insistiendo. Cuando me deje hablar...

PENELOPE: Le digo que es inútil. Lo hemos hablado todo. (*Le vuelve la espalda.*)

ULISES: Verdaderamente no ha

cambiado usted en nada... Yo vine a poner fin a su problema. Ya está resuelto. No hace falta casarse. Nunca he pensado en eso...

PENELOPE: (*Volviéndose.*) ¿Cómo?

ULISES: Yo no vine a quedarme en Itaca, señora... (*Está gozando.*)

PENELOPE: (*Ocultando su desencanto enorme.*) ¡Ah, no! Mejor. No habrá polémica. Pero que quede bien sentado: no es usted quien renuncia a mi mano. Soy yo quien se la niega.

ULISES: Por mí es igual: ni me va ni me viene.

PENELOPE: (*Muy bajo.*) ¡Asqueroso!

ULISES: ¿Qué piensa hacer usted? ¿Dónde irá, puesto que Telémaco la encuentra peligrosa? Cosa que no me extraña...

PENELOPE: Con un rey vine a Itaca y le dejo otro rey. Donde yo vaya no le importa ni a Itaca ni a usted.

ULISES: Por supuesto... (*Da por finalizada la entrevista.*) Si me permite, dormiré esta noche en su casa. Es ya tarde. Mañana, antes de que amanezca, me habré ido. Me alegra haberle sido útil.

PENELOPE: (*Colmada.*) ¿Util a mí? Había elegido para casarme un hombre serio, rico, corriente, moribundo. Un hombre que me hubiera dado lo que nunca he tenido: tranquilidad. Y viene usted, aparece de pronto, deshace todos mis proyectos. Me deja sola sin saber qué hacer. Y encima debo darle las gracias... Salga de esta habitación. Llame a Eurimena y pregúntele dónde puede dormir. Espero no tener que verle más.

ULISES: (*Como para sí.*) Hice mal en venir.

PENELOPE: En cambio hará muy bien en irse cuanto antes.

ULISES: (*Solemne.*) Adiós, Penélope.

PENELOPE: (*Desabrida.*) Adiós, adiós. (*Sale ULISES.*) No queda otra salida. Tendré que volverme a casa de mis padres. Como esas empalagosas recién casadas que todo lo han aprendido en el cine. ¡Qué fracaso! Esto es lo que se saca de tanta perfección. Quise ser una esposa modelo y aburrí a mi

marido. Quise ser una madre modelo y mi hijo me encuentra mandona y absorbente. Quise ser una abandonada modelo y me obligan a casarme otra vez. Quise, por razones de estado, casarme otra vez y me dejan plantada... A esto se llama no dar una. Que vengan a hablar a mí de las tragedias griegas... (*Está buscando algo.*) ¿Dónde habrá un poco de alcohol en esta puñetera casa? Toda la vida prohibiéndolo y ahora soy yo quien necesita un trago. Estoy por sospechar que es una majadería la ley seca. Es bueno que los seres humanos olviden alguna vez que están hechos a imagen de los dioses... (*Entra EURIMENA, pálida y muda.*) Eurimena, preciosa, ¿por qué no me prestas esa botellita que antes llevabas en la faltriquera? ¿Qué te pasa?, ¿no me oyes? Dámela...

EURIMENA: Para poder llegar hasta aquí me la he bebido toda... Es Ulises, Penélope. (*Lo dice con un hilo de voz.*)

PENELOPE: Un exceso de alcohol produce incoherencias. No está mal la ley seca. Serénate, buena mujer... esta noche estamos todos un poquito nerviosos...

EURIMENA: Y más que nos pondremos. (*Muy claro.*) Ese extranjero es Ulises.

PENELOPE: ¿Qué? Repítelo.

EURIMENA: Le llevé al dormitorio de Telémaco. Ya su forma de entrar y su sonrisa me dieron mala espina. Me dijo: «No veo el caballo de madera. Uno blanco que mandó hacer su padre para él.» Yo le contesté: «Telémaco tiene veintiún años. Ahora prefiere los caballos de carne.» Pero estaba escamada... Miré por la cerradura mientras se desnudaba...

PENELOPE: (*En voz baja.*) ¡Tía pelleja!

EURIMENA: ... y vi la cicatriz de su muslo derecho. Si ese hombre no es Ulises me dejo cortar la cabeza.

PENELOPE: (*Después de una pausa pensativa.*) No me extraña. Había algo raro en sus ojos. Ese brillo de guasa que solían tener cuando me enfurecía. Y la misma crueldad... El muy puerco... Siempre le gustó hacer teatro...

Eurímene, debo estar loca: en esta noche se determina mi vida y no to, más que nada, un extraño contento...

EURIMENA: ¿Qué hacemos?

PENELOPE: Suplícale, humildemente, sin nombrarle, que me haga el honor de volver. Pídele perdón... Dile lo que se te ocurra. Pero que vuelva aquí. Rendidamente, ¿eh?

EURIMENA: Y tú, por favor, estate amable, hija... Olvidate de todo... Encantadora, gentil y con buen gesto... No seas burra, Penélope.

PENELOPE: Sí, sí, pero consigue que venga. *(Va a salir EURIMENA.)* Ah, y entre tanto, tráeme de tu bodega un sorbito de alcohol... si no te importa.

EURIMENA: *(Va hacia el tocador.)* Mi bodega está aquí.

PENELOPE: ¿En mi tocador? ¡Contrabandista!

EURIMENA: Era el último sitio donde se te ocurriría registrar. *(Sale dejando sobre la mesa una botella.)*

PENELOPE: *(Mientras bebe una copa.)* Y yo creí que eran colonias fermentadas... ¿Cuáles serán las armas que utilizan las mujeres perdidas para seducir a sus víctimas? Perfumes, movimientos ondulantes, pestañas postizas, pechos falsos, altos tacones... ¿Quién lo sabe? Ya no me da tiempo a seguir cursos de corrupción. Tendré que improvisar. El embrujo no es tu fuerte, Penélope. Con tanta aparente honestidad, mila-

gro será que no te haya salido hasta bigote. *(Entra en la alcoba y corre las cortinas. Unos segundos después llaman a la puerta. Nadie contesta. Se abre. Es ULISES, que mira despacio la sala.)*

ULISES: Durante mucho tiempo, sin saberlo, añoré esta habitación. Su paz, su olor virtuoso, esa sose- ría de mujer decente que exhalan sus paredes. Lo que una vez fue nuestro y perdimos nos atrae siempre: pero sólo porque lo perdimos. Si lo volvemos a gozar, vuelve a cansarnos... Cómo gana una mujer mientras se la sueña. Ay, Penélope: vete, quiero soñar contigo... Circe y Calypso no se apearon del pedestal: siempre fueron soñadas... ¿por qué no hiciste tú eso? Todo está como estaba. Simplemente la vida ha comedido conmigo un fraude más. O quizá no y es mi destino quien ale- tea junto a mí: vieja gaviota, incansable gaviota... Quizá usa todo esto para anunciarme que lo mío es sólo navegar... Ni está gozoso mi corazón ni triste: no ha de ser suya la última palabra... *(Ante el espejo.)* Mis ojos, mi boca, mi men- tón dividido. Aquí me despedí de vosotros antaño. Aquí me despido por segunda vez. Sois los mismos: acaso con alguna resquebrajadura: pero doméstica, pero reme- diable... *(Moviéndose.)* Estos muebles, que me hablaban en medio de las olas. ¿Por qué han enmudecido ahora que los toco... que los oigo crujir con la delicadeza de los viejos criados... que los abro como se abre un arca para sacar de ella, confusos, los recuer- dos? ¿por qué habéis enmudecido, cosas de esta habitación que fue le mía: en la que amé, en la que pre- sentí las estrellas, en la que pro- yecté mi gloria? *(Ante el espejo.)* No te detenga nada, Ulises. Aquí no es nada tuyo. La voz que has de seguir te llama desde el mar... En Feacia fui amado... No debí haber venido... *(En el espejo. Sobre su hombro se refleja NAUSICÁ, que ha aparecido de súbito.)*

NAUSICÁ: *(Sonriendo dulcemen- te.)* Claro que no. Te lo advertí. Yo fui tu último tren: no debiste apearte. Tú has detestado siempre que te ordenen la vida, saber lo que va a ser de ti hasta que te



PENELOPE: Y al llegar a Itaca, me encontrarás a mi más bella, más dócil, más complacien- te... Como tú me deseas. ¿Vamos?

ULISES: Vamos. Al encuentro de la nueva Penélope. Ojalá los altos dioses me permitan llegar.

mueras, la mesa bien puesta y el olor virtuoso. Tú eres un mito, Ulises. No estás hecho para que te pregunten cada día qué quieres de segundo plato. Has nacido para águila y aquí te hubieran rebajado a gallina clueca...

ULISES: *(Respondiendo al encomio.)* Nunca me hablaste con tanta ecuanimidad. Eras un poco brusca, si me dejas decirlo...

NAUSICA: Pero tu salida de Feacia me maduró. Tú derramas el milagro por donde vas. Vuelve conmigo... *(Insinuante.)* Yo soy tu riesgo y tu albedrío... el amor que hay que reconquistar cada mañana. Soy la inseguridad... El «todavía».

ULISES: *(Meditabundo.)* Penélope es la rendición, el fin... Es cierto. Pero ¿y Euríalo?

NAUSICA: ¿Quién se acuerda de él? Le utilicé para encelarte... Vuelve. Escápate de Itaca. Aquí sólo serás un triste soberano, ocupado de engordar a tus cerdos y a tus súbditos. Tomarás ya consejo, ya te... *(Se divierte.)* Te aburrirás a muerte. Perderás la línea. Penélope te hipotecará la opinión con sus guisos grasientos... Echate al mar, Ulises. ¿No te acuerdas del mar?

ULISES: ... Lo inesperado. La tensión, la lucha abierta. Sí: la vida, la vida... Hay que elegir. Y elegir, qué horror, es siempre renunciar.

NAUSICA: Dentro de poco, en Itaca, no serás más Ulises: serás sólo el marido de Penélope y el padre de Telémaco. Todo lo que has luchado: tu fama, tus amores, tu odisea, acabará en una fría cama de matrimonio. ¡Huye! Yo te estoy esperando...

ULISES: Si Penélope pensara como tú... *(Hay una duda en el aire.)*

NAUSICA: No es posible. Ella es raída, puntual, cicatera. Recuérdame: yo soy lo imprevisible. Ahora o nunca... Recuérdame y elige.

ULISES: *(Ante NAUSICA que va alejándose.)* Hechicera, ven. Fascinadora...

NAUSICA: *(Retirándose hacia la salida.)* Ven tú hacia mí. *(Cuando ULISES va a seguirla, tras la cor-*



PENELOPE: Cumplamos bien nuestro oficio hasta el final... *(A Eurimena.)* ¿No te quedaría un poco de esa porquería que sueles beber? (...). Sí. Ya sube... Abrele...

тина aparece **PENELOPE**: arreglada, sofisticada, distinta, atractiva; con un deshabillé honesto, pero turbador. Su pelo está ahora suelto.)

PENELOPE: Perdóneme que le haya hecho esperar. Y siéntese, siéntese. (El, antes de sentarse, le ofrece un lugar en la «chaise - longue».) Por favor, sin cumplidos... Ya ve que le recibo en mi «sancta sanctorum». (Se sientan los dos.)

NAUSICA: (Siempre a **ULISES**.) ¿Lo ves? Ya empieza a decir estrecheces.

PENELOPE: (Como si la hubiera oído.) Quiero decir en mi habitación íntima. Y perdóneme también que antes me haya portado quizá groseramente. No era mi intención. Estaba indecisa, preocupada... Olvídelo. ¿Una copa?

NAUSICA: Quiere engatusarte. No aceptes.

ULISES: (Tímido.) Gracias. No bebo.

PENELOPE: (Sacando del tocador copas y sirviendo.) Yo tampoco. Pero hoy haremos usted y yo una grata excepción. (Levanta la suya.) Por usted.

ULISES: (Violento.) Su camarera me dijo que...

PENELOPE: Sí, quería consultarle detalles de gobierno... Su modestia no consiguió engañarme. Se ve a la legua, por su porte y su conversación, que usted es extraordinariamente sagaz... Mi marido lo era. (Suspira.) Por eso no fue posible sustituirlo... Las mujeres, por fuerte que parezcamos, dependemos del hombre... sobre todo a ciertas horas... Necesitamos su apoyo, su presencia, esa firmeza que se desprende de lo masculino. (Saca un pitillo.) ¿Me da fuego?

NAUSICA: Quémale la nariz. Te está embaucando.

ULISES: (A **NAUSICA**.) Calma. Vamos a ver qué sale de todo esto. Hay que oír a la gente.

PENELOPE: (Por el platillo de su copa.) Esto nos servirá de cenicerro... Acomódese bien. Permítame. (Pone bajo sus pies un escabel.) ¿Está mejor así? (Le da fuego con su pitillo.) No en vano lo he sacado de la cama, donde quizá usted

añoraba a su esposa, si la tiene... como yo añoro a mi esposo cada noche. Es tan malo estar solo. (Suspiro.)

NAUSICA: (Imperativa.) Oyeme, Ulises.

ULISES: Calla, por favor. No se puede ser grosero, caramba...

PENELOPE: (Vuelve de su suspiro. Se acerca.) Le decía que una mujer precisa el hombro de un amigo: más un hombro que un hombre, donde recostarse y descansar... (Se apoya levemente en el hombro de **ULISES**.)

ULISES: Tiene usted una hermosa cabellera.

PENELOPE: Muy atento, pero sé que no siente lo que dice. Usted habrá tratado a tantas guapas oficiales... Cuerpos cuidados, hábiles caricias. ¿Qué sé yo? Para usted yo seré una despreciable provinciana.

ULISES: Qué va, qué va. Al contrario. También al hombre le gusta a veces reposar en una mujer discreta, sólida. Cuando se ha viajado mucho, y ese es mi caso, anhelamos una compañera apacible y paciente.

NAUSICA: (Sin esperar ya nada.) Adiós. (Desaparece. **ULISES**, si apenas se vuelve, acaparada su atención por **PENELOPE**.)

ULISES: Tanto escalar montañas, fatiga. Fatiga tanto nadar contra corriente... Nos dormimos en altamar y con el balanceo soñamos en una pacífica llanura, resistente y monótona.

PENELOPE: Qué cautivador es lo que dice. (**ULISES** va a abrazarla. Ella se incorpora como al descuido. **ULISES** casi se tumba sobre la «chaise - longue». Se levanta, también. Mientras la busca.)

ULISES: Su esbeltez me recuerda el tronco de una palma que subía hasta el cielo. La vi una tarde, en Delfos, junto al altar de Apolo. Creí que no podía haber nada tan bello...

PENELOPE: Eso lo habrá dicho usted antes a tantas otras...

ULISES: Le juro por los dioses que es la primera vez...

NAUSICA: ¡Perjurio!

PENELOPE: (Sentándose de nuevo.) No jure. Le decía, que el go-

bierno de Itaca (**ULISES** también se sienta y se aproxima.), a pesar de ser sólo una isla, es una cuestión peliaguda...

ULISES: (Incapaz de resistir.) Penélope. (La besa, rindiéndola sobre el diván.)

PENELOPE: (Con los ojos cerrados.) Otro, por favor... (Como para sí.) Es él. No cabe duda. (Le da una bofetada magistral y se levanta.)

NAUSICA: (Apareciendo brevemente.) Te está bien empleado, por bocazas.

PENELOPE: (A **ULISES**, que sin reponerse se ha levantado.) Siéntate. Vamos a hablar ahora de hombre a hombre.

ULISES: (Intentando mantener el tipo.) Eso va a ser difícil, entre nosotros...

PENELOPE: Vamos a verlo... (Ha vuelto la ingobernable Penélope anterior, más humana acaso y desde luego, más esposa.) Tú eres un cacho guarro que cada vez que has aparecido en mi vida ha sido para ponerla patas arriba. Y eso se terminó. (Va hacia la puerta. La cierra con llave. Se la guarda en el pecho.) Yo soy tu mujer y tú eres mi marido. Yo he cumplido una por una mis obligaciones. Tú has hecho siempre lo que te ha salido de las narices... Veinte años por ahí y ahora vienes, de incógnito, a aprovecharte de mi indefensión y a sobarme con un nombre supuesto. ¡Y mañana pensabas volver al mar! Ulises, con sus manos lavadas, le pone un cuerno a Ulises: mitología pura... Qué pena, ay, qué pena tan grandísima. ¿De qué me sirve haberte respetado? ¿Haberte puesto en un altar tu memoria y tu honra? ¿Es que ya no te acuerdas qué ardiente es el verano en Itaca? Responde, mal esposo, mal padre, mal rey, mal hombre, mal Ulises...

ULISES: Me quedaré... Está bien... Me quedaré... Si pensaba quedarme. Pero no escandalices... Todo era una broma. Ya sabes qué aficionado soy yo a estas comedias... Quise probarte. Quise ver cómo estaban las cosas antes de darme a conocer... y, desde luego, quise evitar que tus pretendientes me lincharan. (**PENELOPE** pasea muy sofocada. Cada uno hace bas-

tante verosímelmente su papel.) Triste es llegar a la Patria, Penélope, después de tantas privaciones y encontrar que sólo un perro nos reconoce. Sólo un perro mueve la cola a nuestro paso, recuerda nuestro olor. Sólo un perro ha esperado; le ha dicho a la muerte: «Aguarda a que regrese mi amo», y después de vernos se entrega, dichoso, a la muerte, y le dice: «ya»... Sólo un perro, Penélope... Pobre Argos ciego. Vino hasta mí despacio, parecía que nunca iba a llegar. Cuando me olfateó quiso ladrar sin conseguirlo... o quizá sólo quiso sonreír. No le dejó la muerte...

PENELOPE: *(Truco por truco.)* ¿Es que crees que yo no te reconocí desde el primer momento? Por eso te he llamado. ¿A quién si no a un esposo se puede recibir en esta habitación? Supe quién eras, pero quise saber hasta dónde llegarías. Mi corazón no es ciego, no es sordo. Oyó tu voz. Vio tus cejas fruncidas. Me extrañó que no me denunciaran ante ti sus latidos. *(Una breve lágrima.)* Pero tú si eres sordo.

ULISES: Penélope querida. De ahora en adelante todo irá bien. Volveremos los dos a reinar en Itaca como antes de irme a Troya...

PENELOPE: ¡Como antes, dice! ¿Es que no te das cuenta? Telémaco llegará mañana con pruebas fehacientes de tu muerte.

ULISES: Bien. Lo esperaré en el puerto. Me reconocerá. Dará saltos de gozo por tener a su padre entre los brazos.

PENELOPE: No te enteras de nada. Telémaco no venera en su vida más que a Ulises...

ULISES: Como debe ser. Telémaco es un buen hijo de su padre.

PENELOPE: *(Sin oírlo.)* Cree que Ulises es fuerte, valiente, hermoso. Cree todo lo que tú has querido que se crea de ti. Ulises, conquistador de Troya, general invencible, amante infatigable, navegante perpetuo, hábil, sutil, astuto, inteligente...

ULISES: Muy bien, muy bien. Perfecto... Y así soy.

PENELOPE: Pero Ulises, ¿dónde

tienes los ojos? ¿Para qué te ha servido correr tanto? *(Ante el espejo.)* Mírate. Mira esos ojos tristes, esa cintura recargada, esas arrugas, esas cánas... ¿dónde están tus soldados? ¿Qué has hecho de tus naves? ¿Dónde dejaste el botín de las batallas? ¿Qué explicación darás a las mujeres, a las madres, a los hijos de los hombres que te llevaste de Itaca?

ULISES: *(Con el ceño fruncido.)* Ya se verá... ya se verá.

PENELOPE: ¿Piensas que todos son Penélopes? ¿Piensas que todos tienen la obligación de recibirte como llegues: con las manos vacías, envejecido, artero y malicioso? ¿A quién esperas convencer con tus marrullerías? ¿Crees que remediarás tus mejillas descolgadas porque te pongas chaquetas de colores? ¿Crees que, después de veinte años, los súbditos soportarán, por su elocuencia a secas, a un mal rey?

ULISES: ¡Yo soy rey por derecho divino!

PENELOPE: Mejor que no lo digas, por si acaso. No emplees ese argumento nunca más. Así, por lo menos, seguirás creyendo en el derecho divino de los reyes. Telémaco es joven, guapo, rubio, osado. Adora la memoria de su padre. Ha heredado la gloria de su padre: inventada, es cierto, pero la gloria siempre se inventa, un poco. Es el rey ideal. Y ahora vienes tú a darte a conocer. A convencer a todos de que lo que oyeron de ti no era verdad: que eres un pobre hombre que lo mejor que pudo hacer fue no regresar nunca. Ah, Ulises, ¿dónde, en qué mar se ha ahogado tu agudeza?

ULISES: *(Casi infantil.)* Pero entonces, ¿qué debo hacer?

PENELOPE: Telémaco no debe saber nunca que su padre vive. Que herede el trono. Si mañana tú le dijeras que eres Ulises, sentiría tal ira por la suplantación que no te daría tiempo a decir una palabra más. Tu hijo te mataría por defender el honor de su padre. Una vez más, Ulises sería víctima de Ulises.

ULISES: *(Apesadumbrado, sin salida.)* ¿Por qué habré vuelto?

PENELOPE: *(Llegando a donde*

quería.) ¿Aún no lo sabes? Porque siempre se vuelve. No has vuelto por amor ni a Itaca ni a mí. Has vuelto porque se vuelve siempre en busca de una silla; de un perro al que enseñamos a hacer pis fuera de casa; de un caballo de madera que compramos a un niño; de una mujer arisca y poco grata, que nos sostuvo la frente mientras vomitábamos... Has vuelto a descansar, Ulises. *(ULISES, se ha dejado caer en el sofá anonadado.)* Descansa. Deja caer las cejas: ya no hay público... *(La misma sugestión que en la primera parte.)* Cierra los ojos. No importa que se hayan descolgado tus mejillas: descansarán mejor. Abandónate. Ya has llegado al puerto final... Tus brazos... Yo me encargo de todo... Tu cintura... Tus caderas que ya no pueden con las armas. Tus muslos que te duelen si andas un cuarto de hora... Yo me encargo de todo. *(ULISES parece dormido.)* Siempre fuiste un niño. Egoísta, respondón, vanidoso: un niño encantador. *(Tararea la misma nana que NAUSICA.)* Recuerdo tus ojos: si me hubieran dejado de mirar, me habría muerto... *(Sonríe.)* Tu boca, apasionada y desdeñosa, hecha para dar besos inolvidables que no diste... Te recuerdo maravilloso, como nunca has sido. Y te amo, Ulises, ¿qué quieres que le haga? Amo tu pelo gris y tu cansancio tanto como amé tus rizos y tu vigor de la primera noche. Así somos. Eres mi sueño, mi realidad, mi tedio, mi martirio, mi dios. Eres mi hombre. Y te amo como eres. ¿Es que no te das cuenta?

ULISES: *(Abre los ojos y sonríe.)* Claro que me doy cuenta.

PENELOPE: *(Falsamente ofendida.)* Zorro, zorro, zorro.

ULISES: *(Estrechándole la cintura.)* Mañana nos iremos con mi padre, lejos del mar... tierra adentro. Con el pobre loco, locos los tres. A cuidar viñedos y a asar castañas en la chimenea... A engordar...

PENELOPE: *(Sonriendo.)* A engordar, no.

ULISES: ... y a vivir la vida que nos queda de prisa, muy de prisa...

PENELOPE: Sí, porque has per-

dido mucho tiempo haciendo el tonto... Tendremos que llevar ropa de cama. Y algo para hacer hielo: no soporto en el verano las bebidas calientes... (*Adopta ya su aire eficaz de antes.*)

ULISES: Mañana...

PENELOPE: Nada más levantarme haré la lista...

ULISES: Mañana... ahora, vamos, Penélope: no quiero dormir solo.

PENELOPE: Mira cómo has puesto la mesa de ceniza... Limpia ese escabel, por favor... Luego, guarda las copas: no está bien que las vean. (*Va hacia el dormitorio.*)

ULISES: A tus órdenes... Cuando bajé hasta el Hades... ¿Me oyes, Penélope?

PENELOPE: (*Dentro.*) Sí. Es que estoy preparando la cama...

ULISES: Me encontré con Tire-

sias de Tebas, el antiguo vidente. «Escucha, hijo de Laertes, vástago de los dioses», me dijo. «Después de resolver los problemas de Itaca, has de partir de nuevo llevando al hombro un remo y caminarás hasta la tierra de unos hombres que desconocen el mar, no utilizan la sal en sus comidas e ignoran la existencia de las naves. Entonces clavarás en la tierra tu remo y sacrificarás al dios del mar. Sólo si cumples esto el mar te enviará la ancianidad feliz». Eso me dijo Tiresias. Y su sombra, entre las demás sombras del Erebo...

PENELOPE: (*Dentro.*) ¿Vienes o no?

ULISES: Sí, querida. Perdona. Estaba distraído. Es curioso: feliz lejos del mar... qué difíciles de comprender son estos dioses...

PENELOPE: Apaga antes la luz.

ULISES: Sí, querida.

PENELOPE: Y asegúrate de que están cerradas las ventanas: empieza a refrescar...

ULISES: Sí, querida.

PENELOPE: Mejor será que te descalces fuera: traes sucios los zapatos. (*ULISES lo va haciendo.*)

ULISES: Sí, sí, querida. (*Mira alrededor.*) Todo está en orden. Todo está bien. Es bueno tener al lado una mujer que se ocupe de todo...

PENELOPE: ¡Ulises!

ULISES: Voy, querida. Ya voy. (*Al pasar por el espejo se mira un instante con los zapatos en la mano.*) Buenas noches, Ulises. Adiós, Ulises. (*Va hacia la alcoba, mientras cae el*

T E L O N.)

EPILOGO

Hay ocasiones —casi todas— en que uno necesita descansar. Esa es la razón de que haya escrito «¿Por qué corres, Ulises?». O mejor, la razón de que la haya escrito **así**: como un juego. (Sin embargo, aconsejo desconfiar de su apariencia. Nada hay más serio que el juego, porque la presupuesta seriedad es lo que lo sostiene. Tomado a broma, el juego no es absolutamente nada: ni una manera de pasar el tiempo).

«¿Por qué corres, Ulises?» se presenta como una caja de bombones. Si alguno amarga no es culpa mía. La brillante envoltura nos distrae un momento; luego, el sabor se impone: porque el amor termina y a solas es más duro envejecer. Pero hay que sonreír. Esa caja es todo lo que se nos ha dado. Conviene guardar la compostura ante la inocentada.

Cualquier odisea es el relato de un retorno —a la larga da igual retornar vencedor o vencido— y de una **desanimada espera**. La despedida de un mar donde se estuvo «desmemoriado y disponible». La recuperación de la memoria, que una

postguerra náufraga logró desvanecer y diluir.

Todos somos Ulises o Nausica o Penélope. Todos hemos sufrido las consecuencias de una lejana guerra, cuyas causas se nos han olvidado. Todos esperábamos llegar alguna vez donde nunca llegamos. Todos hemos perdido demasiado tiempo y culpado de nuestras tonterías al destino y los dioses. Todos vagamos de una en otra isla, desterrados de donde fuimos reyes ignorantes: y es terrible volver. Todos tenemos un alma dividida: y es terrible elegir.

«¿Por qué corres, Ulises?» es una tragedia tan frecuente que ha dejado de serlo y se ha vuelto costumbre: para convivir con la tragedia nos tapamos los ojos como burros de noria. No requiere ni un desarrollo ni un final sangrientos: las heridas más hondas son las que menos sangran. Verificar que todo hombre es, en definitiva, un pobre hombre y que toda mujer, sea como sea, no es más que una mujer, puede dar risa. Quizá el mejor espectador sea aquel que mientras se sonríe, acierte a comprenderlo. ■ A. G.